LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES EN EL SEXENIO 1990-1995

Informe del Vicario del Rector Mayor

INTENTO DE EVALUACIÓN GLOBAL

CG24

Roma 1996

LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES EN EL SEXENIO 1990-1995

Informe del Vicario del Rector Mayor

INTENTO DE EVALUACIÓN GLOBAL

CG24

Roma 1996

Editrice S.D.B.
Edizione extra commerciale

Direzione Generale Opere Don Bosco
Via della Pisana, 1111
Casella Postale 18333
00163 Roma

Tip. S.G.S. - Istituto Salesiano Pio XI - Via Umbertide, 11 - 00181 Roma
Finito di stampare: Febbraio 1996

ÍNDICE

LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES EN EL SEXENIO 1990-1995

PRESENTACIÓN DEL INFORME 7

CUARTA PARTE

INTENTO DE EVALUACIÓN GLOBAL

1. INTENCIONES Y SITUACIÓN EN EL SEXENIO 1990-1995 13

1.1. Una consigna: del papel a la vida 13
1.2. Urgencia asumida por el XXIII CG 14
1.3. El contexto secular 16
1.4. El camino de la Iglesia 18
1.5. Los acontecimientos en la Congregación 22

2. FUERZAS Y CONTEXTOS EN QUE ACTUAMOS 25

2.1. Número de salesianos 25
2.2. Entradas 26
2.3. Pérdidas 27
2.4. Los seglares y la Familia Salesiana 28
2.5. Las comunidades y las obras 29
2.6. Un modelo operativo común 30
2.7. El reto de los contextos 31
2.8. Los medios económicos 33
2.9. El gobierno: estructura y funcionamiento 33

3. SIGNIFICADO DE NUESTRA PRESENCIA 37

3.1. La originalidad educativa 37
3.2. La calidad pastoral 42
3.3. La colocación popular 44
3.4. La comunicación social 46
3.5. La colaboración en las Iglesias locales 47
3.6. La búsqueda de significado 48

4. TESTIMONIO DE LA VIDA CONSAGRADA 51

4.1. Una identidad que ya está definida 51
4.2. Los retos a la vida consagrada hoy 52
4.3. Una mirada a nuestra vida fraterna 53
4.4. Nuestra oración 54
4.5. Los consejos evangélicos 55
4.6. La espiritualidad salesiana 58

5. PREPARACIÓN DE LOS SALESIANOS 60

5.1. Una experiencia válida 60
5.2. Puntos que merecen una atención especial 61
La preparación al noviciado 61
La formación de los coadjutores 62
La colaboración interinspectorial 63
Los centros internacionales 63
5.3. Las nuevas exigencias proceden 64
de la situación de la vida consagrada 65
de las necesidades de la educación 65
del servicio pastoral 66
de la animación comunitaria 67

6. RETOS Y MOTIVOS DE ESPERANZA 69

6.1. Retos 69
6.1.1. La espiritualidad 69
6.1.2. La consistencia, el estilo y el proyecto de vida de las comunidades locales 70
6.1.3. La fuerza profética de nuestra presencia 71
6.1.4. Nuestra capacidad de propuesta vocacional 74
6.1.5. La inculturación 75
6.1.6. Orientar el desarrollo 77
6.2. Motivos de esperanza 78
6.2.1. La actualidad de la misión 78
6.2.2. La unidad de la Congregación 79
6.2.3. La fidelidad y la entrega cotidiana al trabajo 80
6.2.4. Las experiencias fecundas 81
6.2.5. La generosidad misionera 81
6.2.6. La consolidación y el crecimiento de la Familia Salesiana 82

PRESENTACIÓN DEL INFORME*

El artículo 119 de los Reglamentos establece que en una de las primeras sesiones del Capítulo General «el Rector Mayor, o quien haga sus veces, [presente] un informe general sobre el estado de la Congregación; dicho informe será objeto de estudio y análisis por parte de la asamblea».

1. Carácter de este Informe

El carácter y estilo de este Informe obedecen a razones prácticas. Se 1
trata de dar una visión sintética de la realidad de la Congregación en un determinado momento de su historia, considerada no de forma estática, sino, sobre todo, en sus posibilidades, intentos y rémoras.

Para ello, el Informe se sirve de estadísticas, pero no se limita ni se encierra en ellas. No ofrece sólo un balance material de proyectos y resultados, sino también perspectivas. Hace ver, pero también valora, a la luz del carisma, de las Constituciones que nos sirven de guía y de los signos que se descubren en la Iglesia y en el mundo. Se basa en datos precisos, pero también en visiones adquiridas en el contacto con los salesianos y en la labor de gobierno. Más que fotografía quiere ser verificación del movimiento, de las energías y de la orientación de la Congregación.

El Informe, según el citado artículo y dada su naturaleza, compromete la responsabilidad personal del Rector Mayor o de quien haga sus veces. Sin embargo, en su preparación, se ha implicado al Consejo General, confiando a cada uno de sus miembros la parte que corresponde a su Región o sector y pidiéndoles observaciones sobre la síntesis final.

* En este volumen se facilitan, traducidas al español, la Presentación del Informe del Vicario del Rector Mayor al XXIV Capítulo General y la cuarta parte: INTENTO DE EVALUACIÓN GLOBAL. Las otras partes, sobre las regiones y los sectores de animación, están en italiano, su lengua original.

2. Destinatarios y objetivos

2 El ya mencionado artículo 119 indica también los primeros destinatarios de este Informe: el Capítulo, como organismo que posee de forma extraordinaria la autoridad suprema, y cada uno de sus miembros, llamados a decidir sobre los problemas que afectan a toda la Congregación.

Después se enviará a las Inspectorías; los datos y valoraciones que aparecen en él se publicarán en los órganos de información. Pero, en primer lugar, están pensados para la Asamblea capitular, teniendo en cuenta su fin.

De aquí los objetivos principales:

- Evaluar juntos la aplicación del XXIII Capítulo General y la influencia que ha tenido en la vida de la Congregación;
- Dar una visión real de los problemas que hay, de las posibilidades abiertas y de los recursos con que cuenta la Congregación;
- Ayudar a los capitulares a situarse en una perspectiva de Congregación, superando la inspectorial y regional, de modo que puedan pensar y decidir conforme a la naturaleza e incumbencias de un Capítulo General.
- Ofrecer indicaciones a la reflexión de este XXIV Capítulo General, que, si hace falta, puedan servir a quien tenga que continuar la animación de nuestra Congregación.

Para tales objetivos, a la Asamblea se le pide no su aprobación o desaprobación, sino un «estudio y análisis» del Informe, es decir, que considere las situaciones presentadas y sus causas, que tome nota de las líneas de progreso y de las dificultades que se han visto, y que haga uso de lo escrito en el Informe y de sus propias conclusiones en la reflexión capitular.

3. Estructura

3 El Informe se refiere al período 1990-1995, aunque era inevitable no aludir también a etapas anteriores.

Teniendo en cuenta su carácter y objetivos y el tiempo que abarca en

su consideración, se ha creído conveniente mantener la estructura que tuvieron los informes anteriores, es decir,

- una primera parte donde se presenta el camino que ha hecho la Congregación en las Regiones;
- una segunda parte, donde ya se hace una síntesis por sectores: cada dicasterio ofrece una visión de lo que se ha intentado hacer mundialmente en una determinada área de animación;
- en la tercera parte se informa sobre el estado actual de algunos servicios que afectan a todas las Regiones y sectores: la secretaría general, la casa generalicia y la UPS;
- la cuarta parte es un intento de síntesis valorativa, después de ver el material anterior y las estadísticas, según cuatro criterios: determinar las convergencias, recoger lo que aflora, decir lo que resulta y añadir aportaciones personales del Vicario del Rector Mayor tras la lectura de algunas cartas y escritos de don Egidio Viganò.

Se añade un anexo con las estadísticas del personal, de las obras, de los destinatarios y de los colaboradores.

* * *

Confío al XXIV Capítulo General, en nombre propio y del Consejo General, este esfuerzo de verificación, con la esperanza de que sirva de estímulo para una visión rica y fecunda de la actualidad del carisma salesiano.

CUARTA PARTE

INTENTO DE EVALUACIÓN GLOBAL

1. Intenciones y situación en el sexenio 1990-1995
2. Fuerzas y contextos en que actuamos
3. Significado de nuestra presencia
4. Testimonio de la vida consagrada
5. Preparación de los salesianos
6. Retos y motivos de esperanza

1. INTENCIONES Y SITUACIÓN EN EL SEXENIO 1990-1995

1.1. Una consigna: del papel a la vida

Al final del sexenio anterior, como hacía ver don Egidio Viganò en su Informe al XXIII Capítulo General,[1] la Congregación había concluido su reflexión sobre el carisma, según lo había pedido el Concilio Vaticano II. Se había dado a sí misma los documentos fundamentales de su orientación: 230

- Las Constituciones y los Reglamentos Generales con su comentario (1971-1984).
- Los Principios y Normas para la Formación (1981. 1985).
- Los Criterios y Normas para la admisión de candidatos a la Congregación (1985).
- La guía para la animación y el gobierno de la comunidad local (1986) e inspectorial (1987).
- Los Elementos Jurídicos para la Praxis Administrativa en el gobierno de la Inspectoría (1987).
- Los libros litúrgicos y de oración salesiana (1989. 1990).
- Indicaciones substanciales y abundantes sobre el Proyecto Educativo-Pastoral en el ámbito inspectorial y local (1980-1990).

En la Familia Salesiana se habían preparado:

- El Reglamento de Vida Apostólica, para los Cooperadores (1986).
- El Estatuto de la Asociación de Antiguos Alumnos (enero de 1990).

Los principales de entre los textos que acabo de mencionar ya habían sido traducidos a las lenguas más usadas en nuestra Congregación. En el sexenio que ahora termina se han hecho otras traducciones.

Por su parte, las Inspectorías habían dado orientaciones y normas para su propio ámbito en los Directorios Inspectoriales, cuya primera redacción tuvo lugar en el sexenio 1979-1984; posteriormente se perfeccionaron de 1984 a 1990. Se terminaba así, mediante un cuidadoso dis-

[1] Cf. *La Sociedad de San Francisco de Sales en el sexenio 1984-1990*, págs. 225-227

cernimiento y en diálogo con el Consejo General, el proceso de descentralización en la unidad según los términos e instrumentos señalados en las Constituciones.[2]

Sin embargo, el conocimiento y la recepción y aplicación de dichas directrices eran desiguales por diversas razones: la lengua, el contexto cultural y eclesial, la mayor o menor comunicación de cada Inspectoría con el Consejo General, la animación de los responsables inspectoriales y también, aunque no era el último motivo, la actitud y expectativas de los salesianos frente a orientaciones nuevas que necesariamente suponían también un planteamiento doctrinal. La dificultad de lectura, asimilación y aplicación se atribuía a una abundancia de documentos que se juzgaba excesiva.

Se reconocía, pues, que el esfuerzo del sexenio 1990-1995 debía ser la difusión en todas las Inspectorías, la aplicación en cada comunidad local y la interiorización por parte de cada hermano de esa riqueza acumulada durante un largo período de reflexión para adecuar el carisma a los signos de los tiempos, a las directrices de la Iglesia y a la condición de los jóvenes.

Decía don Egidio Viganò: «La tarea que constatamos es realmente la de pasar *del papel a la vida*. De todos modos, la Congregación tiene ya un criterio claro y auténtico para discernir los pasos que hay que dar en los próximos años».[3]

1.2. Urgencia asumida por el XXIII Capítulo General

231 En tal sentido se movió el XXIII Capítulo General, que era calificado como el primer Capítulo General "ordinario" del posconcilio, porque recogía las amplias visiones de los capítulos anteriores acerca de nuestra identidad espiritual y pastoral en la vida cotidiana y en el trabajo educativo: debía servir para «llevar mejor a la vida los principios».[4] El mismo Rector Mayor proclamaba un período práctico y pedagógico en la animación de las comunidades y en la pastoral.

Se invitaba a las comunidades locales a ser signo, ambiente y escue-

[2] Const. 124. 171,5. 191; Reglam. 4. 74. 87. 88

[3] *La Sociedad de San Francisco de Sales en el sexenio 1984-90,* pág. 227

[4] XXIII CG, núm. 350

la de fe, sobre todo mediante procesos de discernimiento y de formación permanente. De ellos debían nacer proyectos educativo-pastorales inspirados en el Sistema Preventivo y aptos para acompañar a los jóvenes en un camino de fe que asumiera su proceso de crecimiento hasta llegar a la maduración vocacional. También debían hacer un esfuerzo especial para formar la comunidad educativo-pastoral e impulsar el desarrollo de la Familia Salesiana, aprovechando la simpatía general por san Juan Bosco y la sensibilidad de muchos por la educación. Después, todos juntos, debían actuar e interaccionar en la zona, activando las relaciones y empleando con inteligencia las posibilidades de la comunicación social.

Toda actividad y obra (ambientes de amplia acogida, estructuras de educación sistemática, grupos juveniles, iniciativas para jóvenes en dificultad, grandes concentraciones, encuentros personales) debía refundarse según el modelo y espíritu oratoriano,[5] cubriendo sus cuatro aspectos: acogida, educación, evangelización, vida social. También aquí aparecían por doquier palabras que llevaban a lo concreto: testimonio, comunicación, itinerarios, propuestas. «Los jóvenes esperan la respuesta, no tanto en expresiones verbales o de razonamiento, cuanto en el testimonio de vida y en la praxis real».[6]

Los principales puntos donde había que valorar la vitalidad de la Congregación e idear procesos de renovación eran, pues, la comunidad local, la Inspectoría y cada hermano en particular. La preocupación central era la calidad de vida y de acción.

Todo ello no se oponía a posibles proyectos de expansión, pues la Congregación pensaba continuar y consolidar el "Proyecto África" [7] y considerar otros posibles frentes de acción misionera, y a cada Inspectoría se le pedía alguna apertura, según sus fuerzas, a las nuevas pobrezas juveniles.[8]

En la mencionada línea de interiorización, implicación de todos, mejora de la vida comunitaria y esfuerzo para afrontar las novedades del camino de fe de los jóvenes, se han movido el Consejo General y las Inspectorías, con resultados y retrasos que ahora debemos ver nosotros para descubrir los caminos del futuro.

[5] XXIII CG, núm. 350
[6] XXIII CG, núm. 347
[7] XXIII CG, núm. 310
[8] Cf. XXIII CG, núm. 230

1.3. El contexto secular

232 Mientras tanto, el mundo (sociedad, cultura) y, en él, la condición de los jóvenes no han estado parados.

El decenio de los años 90 presenta un escenario cultural nuevo, tras los acontecimientos que señalaron el final de los contrastes ideológicos, ampliamente descrito en estudios sociológicos y en documentos de la Iglesia.

Algunas de sus tendencias influyen de modo particular en nuestra vida y acción.

En primer lugar está la forma que va tomando *la existencia personal* en y conforme a la situación social: expansión máxima de la libertad individual en el pensamiento y en el sentido de la vida, con la consiguiente gestión privada de la ética; escasa referencia a verdades o cuadros doctrinales que se impongan a las preferencias individuales; pluralidad de opiniones en las concesiones globales y en puntos particulares; individualización en la posesión de instrumentos, en el disfrute de una vida cómoda y en el consumo de bienes.

El predominio del factor económico en la concepción y dinámica de las sociedades ha debilitado, y en parte anulado, las formas institucionales de solidaridad, favoreciendo las privadas. Hoy resulta difícil combinar producción de riqueza, libertad y justicia social. Por ello, en todas partes encontramos inestabilidad política, cuyo signo es la poca credibilidad y la insatisfacción con las soluciones intentadas.

Sus consecuencias en las naciones desarrolladas son: aumento de formas de pobreza por discriminación, paro, atraso o falta de preparación para los nuevos sistemas de trabajo, caída en el valor adquisitivo de los salarios, inmigración, condición de minoría étnica.

Al mismo tiempo se ensancha la distancia entre áreas ricas y áreas pobres de la tierra. En éstas, las franjas de pobreza se amplían y sus formas son cada vez más extremas. Es un fenómeno continuamente denunciado por el magisterio de la Iglesia.

Lo que se conoce con el término de *"globalización"* hace que estos y otros problemas no se puedan entender ni definir bien y resolver por separado y en un escenario restringido. Vivimos en una aldea, en un mundo cuyas partes y fenómenos son interdependientes. Ello invita a pensar y realizar nuevas formas de conexión y actuación.

La omnipresencia de *los medios de comunicación social,* cada vez más sofisticados, más integrados en un sistema total y de uso más personal va modificando no sólo la vida de los jóvenes, sino también la nuestra: por la martilleante presentación de modelos de vida, por el cambio que producen en los procesos mentales y por los criterios de valoración que inyectan. Al mismo tiempo ofrecen nuevas posibilidades de información, intercomunicación y acción, y determinan una configuración de las sociedades y de la convivencia.

El reconocimiento de la igualdad y el aumento de poder ("empowerment") de la mujer, una vez mitigados los tonos del feminismo extremo, está produciendo, en el sentir común y en el derecho, una consideración más adecuada de su aportación en todos los aspectos de la vida y de la cultura. En tal maduración, también toman parte activa las religiosas. Se imponen los enriquecedores principios de la igualdad y reciprocidad. Esto afecta de cerca a nuestras relaciones personales y a nuestros ambientes educativos.

El fenómeno religioso presenta un aspecto múltiple: subjetivismo, satisfacción del sentimiento, consumo de ofertas múltiples, sincretismo individual, integralismo, retorno de mitos. Hay una fuerte toma de conciencia –por parte de unas minorías– de la originalidad de la fe y de la fuerza que representan las comunidades cristianas en el mundo; pero al mismo tiempo vemos un alejamiento de la Iglesia y del Evangelio: alejamiento tranquilo, sin discusiones ni pena por parte de la mayoría. Los porcentajes de práctica cristiana descienden, mientras que parece que sube la demanda de experiencias y momentos "religiosos, espirituales o pseudomísticos".

La religión, lo sagrado, el contenido de la moral y la imagen de Dios tienen que ser revisados y recuperados mediante el esfuerzo personal, pues ya no se trasmiten automáticamente por instituciones como la familia, la escuela o el ambiente social.

El factor económico con sus exigencias y el individuo con sus beneficios, puestos en el centro de la concepción social, han llevado a dejar a la exclusiva responsabilidad de la persona *dos valores fundamentales:* la realización de la sexualidad y la vida, quitando todo apoyo jurídico al matrimonio y a la familia, concebidos cristianamente o también –como se decía antes– conforme al derecho natural. En los documentos eclesiales, y no menos en las estadísticas más dignas de crédito, se denuncian la fu-

gacidad del compromiso matrimonial, la inestabilidad de las relaciones familiares, la forma múltiple que asume la familia y las consecuencias que todo ello tiene para los jóvenes, el contexto social y la pastoral.

Hay algunas *sensibilidades transversales* que centran la atención y movilizan energías: los derechos de la persona, la calidad de la vida, la defensa de las minorías, la paz en todos los sentidos (incluso entre las religiones), cierta compasión ante la pobreza y la solidaridad, que se manifiesta en el ofrecimiento de ayudas y en la colaboración a la promoción humana. Tales sensibilidades llevan a la formación de nuevos sujetos sociales y políticos: diversos movimientos, organizaciones de solidaridad, agrupaciones étnicas o corporativas.

Todo ello influye en el desarrollo de los jóvenes, en quienes se da cierta desorientación religiosa, desinterés por la política, fraccionamiento interior, dificultad para construir la propia identidad humana y cristiana, prolongación temporal de la dependencia, incertidumbre del futuro y privatización de la ética y del sentido. En muchos jóvenes, particularmente del hemisferio sur, se ven las consecuencias devastadoras de una miseria extrema.

Esto modifica también profundamente el proceso de educación: hay una situación inicial diversa –porque la primera socialización (la familia) es débil–, una integración diversa entre las instituciones educativas, una relación diversa entre generaciones, una visión diversa de valores, una forma diversa de comunicación y un contexto educativo amplio, marcado por los fenómenos que acabamos de describir.

1.4. El camino de la Iglesia

233 Mientras tanto, en la Iglesia han tenido lugar algunas opciones, como consecuencia de la profundización de su misión y de su toma de conciencia de la situación actual del mundo.

La Nueva Evangelización, auspiciada en el decenio de los años 80 cuando a alguien le parecía un eslogan, hoy reviste carácter de extremo realismo. Se dirige a una cultura que lleva en su seno todas las aspiraciones legítimas de la persona, pero lo hace sin referencia al Evangelio ni al misterio de la transcendencia. En ella se juega el sentido de la vida humana y el futuro de la humanidad.

Por consiguiente, hay que sacar nueva luz de un Evangelio meditado a la vista de retos inéditos y vivido con autenticidad. La Nueva Evangelización invita a confrontarse con los nuevos fenómenos, las nuevas tendencias culturales y los nuevos areópagos, y a tomar en consideración las nuevas relaciones nacionales y mundiales. En ese mundo hay que hacer elocuentes y efectivos los misterios cristianos de la presencia del Espíritu, la salvación traída por Cristo y la misión de la Iglesia como pueblo de Dios.

La Nueva Evangelización es el proyecto misionero que concretiza la reflexión del Concilio Vaticano II hasta hoy. Lleva –se ha dicho– a una *concentración cristológica*, es decir, a una toma de conciencia de la identidad cristiana, a la primacía del anuncio de Cristo como iluminación del misterio del hombre y revelación de Dios. Su corazón es el Evangelio de la caridad, que asume los problemas y situaciones actuales necesitados de la fuerza trasformadora del amor. Debe ser una caridad que no se manifieste sólo transitoriamente en los casos más urgentes, sino que se entregue a un proyecto cultural donde la persona siempre sea considerada de acuerdo con su vocación y dignidad.

La Nueva Evangelización es un llamamiento hecho en primer lugar al individuo y a las comunidades eclesiales para que la fe sea vida y, midiéndose con las cuestiones actuales, inspire la cultura.

La preocupación por una Nueva Evangelización se ha extendido y diversificado en este sexenio gracias a cuatro importantes asambleas de ámbito continental que han llamado la atención sobre la *inculturación* de la experiencia cristiana. 234

La asamblea de los obispos de *Europa* (1992) hizo ver las luces y sombras, peligros y posibilidades de la cultura y de la fe cristiana en el continente europeo, su responsabilidad para con otros contextos, el contenido, la multiplicidad de formas y los frutos (verdad, libertad, comunión) hacia los que debería tender el anuncio del Evangelio.[9]

Europa, con sus nuevas dimensiones y retos, fue una de nuestras preocupaciones en el XXIII Capítulo General; posteriormente ha sido también objeto de iniciativas interesantes.

La cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en *Santo Domingo,* sobre el tema: "Nueva Evangelización, Promoción Hu-

[9] Cf. *Somos testigos de Cristo que nos ha liberado*

mana, Cultura Cristiana –Jesucristo ayer, hoy y siempre–" (octubre de 1992), describió la situación de los pueblos del continente e indicó líneas prioritarias de acción: nuevo anuncio del Evangelio a todos en diálogo con la vida y la cultura popular acentuando la pastoral vocacional, la implicación de los seglares –especialmente de los jóvenes– mediante una educación continua de la fe, con una opción preferente por los pobres y una invitación a ir más allá de las propias fronteras.[10] También se basó en ella nuestra Congregación para interpretar las exigencias y líneas de la evangelización en el contexto latinoamericano.

En abril del 1994, tras varios años de preparación, se celebró una asamblea especial del Sínodo de los Obispos para *África*.[11] La correspondiente exhortación apostólica fue presentada por Juan Pablo II en Yaundé (Camerún) el mes de septiembre de 1995. Seguimos con interés el hecho y nos proponemos profundizar y llevar a la práctica sus orientaciones.

En este momento se prepara una asamblea del Sínodo de los Obispos para *Asia,* continente que merece una atención especial por la densidad de su población, la consistencia del fenómeno religioso, el crecimiento de las comunidades cristianas, las perspectivas de apertura y, también, por el lugar económico que está ocupando y las nuevas relaciones que ello comporta.

Así pues, la Nueva Evangelización se ha convertido en punto de referencia para la pastoral de toda la Iglesia conforme a la exhortación *Evangelii nuntiandi* (1975) y en la perspectiva del tercer milenio. Exige transparencia en la vivencia de la fe, capacidad de comunión eclesial, iniciativa en el anuncio, atención a lo social, diálogo con la cultura e inculturación del Evangelio.

235 Hay otro hecho eclesial que nos afecta de cerca: *la profundización de las diversas vocaciones cristianas* en el misterio, comunión y misión de la Iglesia. A la exhortación apostólica *Christifideles laici,* que, publicada en 1988, ha tenido su tiempo de recepción y primera aplicación en este sexenio, se ha añadido la también exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* (25 de marzo de 1992) sobre el ministerio sacerdotal. Últi-

[10] Cf. *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Conclusiones*

[11] Cf. *La Iglesia en África y su misión evangelizadora hacia el año 2000: Seréis mis testigos*

mamente nuestra atención se ha visto ocupada por la verificación de la vida consagrada. Del Sínodo que habló de ella salieron interesantes confirmaciones y nuevas perspectivas, cuya publicación estamos esperando.

Con anterioridad, la Congregación de Institutos de Vida Consagrada y de Sociedades de Vida Apostólica había publicado dos documentos en los que podemos ver reflejada nuestra situación: *Desarrollos de la pastoral vocacional en las Iglesias particulares* (6 de enero de 1992) y *La vida fraterna en comunidad* (1994).

La vida consagrada, pues, se encuentra con unas interpelaciones apremiantes. De las respuestas que logre dar dependerá en gran parte su capacidad de testimonio y anuncio.

236 Dentro del espíritu de la Nueva Evangelización, la Iglesia está conociendo un nuevo *impulso misionero,* cuya expresión más eminente es la encíclica *Redemptoris missio* (1990). Dicho impulso se manifiesta en un conjunto de signos: colaboración entre parroquias y diócesis de diversos continentes, esfuerzo de una nueva distribución del clero, compromiso misionero de los principales institutos religiosos, implicación de los seglares, y crecimiento de la información y de la sensibilidad misionera en las comunidades eclesiales.

Es ciertamente una invitación a moverse hacia nuevas fronteras geográficas; pero también comporta aspectos cualitativos que han madurado en el posconcilio: confianza en la presencia del Espíritu en todas partes, conocimiento profundo de las culturas para un anuncio que llegue a la vida, ecumenismo y diálogo religioso sobre valores compartidos, esfuerzo por la inculturación del Evangelio y de la vida cristiana.

237 Para nosotros tiene un significado especial la marcha que va tomando la *pastoral juvenil* en la Iglesia universal y en las particulares, es decir, la forma orgánica con que se afrontan sus diversas etapas, caminos y dimensiones: promoción, recuperación, educación, anuncio, camino de fe, formación de líderes, aprendizaje de la oración, presencia en lo social, propuesta misionera, integración de las instituciones tradicionales y las nuevas modalidades que requiere la condición juvenil.

Al servicio de tal convergencia orgánica, las diócesis van creando organismos de animación y coordinación, que tratan de entender la mentalidad de los jóvenes, el modo con que éstos influyen en los fenómenos sociales y las formas más convenientes de presentarles la vivencia de fe.

Los signos más patentes de este nuevo encuentro entre la Iglesia y la juventud son las concentraciones juveniles en torno al Papa mediante itinerarios catequísticos, celebraciones de la fe, amplio uso de la comunicación social, relieve dado a la mundialidad, consigna de compromisos: tienen múltiples ecos en el ámbito diocesano, nacional y en movimientos particulares.

1.5. Los acontecimientos en la Congregación

238 Para la Congregación el sexenio ha estado muy marcado por la *aplicación del XXIII Capítulo General* con la voluntad efectiva y práctica a la que me he referido en el núm. 1.1, atenta a los estímulos eclesiales y culturales.

Es algo que se ve con claridad en el conjunto de actuaciones. Las cartas del Rector Mayor, los programas sexenales de las Regiones y los presentados por los dicasterios y aprobados por el Rector Mayor con su Consejo –de ellos se da una visión en la primera parte de este Informe–, las visitas extraordinarias y de animación –hechas por los consejeros generales–, los dos Capítulos Inspectoriales del sexenio en cada circunscripción jurídica, los documentos de los organismos de animación en el ámbito inspectorial y nacional, y las visitas de conjunto, muestran una convergencia evidente.

Así pues, hay que dar una evaluación positiva a la voluntad política de llevar los orientaciones a la vida, independientemente de los resultados obtenidos.

239 Simultáneamente a esta tarea, la Congregación ha continuado su *expansión,* por lo que resulta cada vez más *mundial.* Durante el sexenio hemos llegado a 14 nuevas naciones: con 23 comunidades y 94 salesianos. Hoy actuamos en 118 naciones.[12]

La *geografía salesiana* está cambiando, no sólo por la llegada a nuevos contextos, sino también por la consistencia numérica y cualita-

[12] Comparando el número de naciones en las que actualmente hay salesianos (118, incluidas algunas donde se está comenzando) con la lista de naciones a últimos de 1989, puede parecer que son más de 14 las naciones a las que han llegado los Salesianos en este sexenio. Sin embargo, conviene no olvidar que en estos años han sido varias las naciones que son el resultado de la división de estados donde ya actuaban los Salesianos. En cuanto a las 23 obras de las nuevas naciones, la mayor parte se encuentran en Este de Europa.

tiva que van adquiriendo regiones donde sólo había habido siembra.

Asia tiene un crecimiento importante en personas, casas e Inspectorías nuevas. Se va consolidando la presencia en África en cuanto a extensión y diversificación de obras, estructuras organizativas, vocaciones nativas y servicios de formación. América Latina mantiene su número, pero adquiere autosuficiencia casi total de vocaciones y colabora en la expansión misionera. Se prevé un porvenir en Oceanía, después de la siembra en las islas del Pacífico meridional. También hay un aumento en el Este de Europa y es previsible que continúe en los próximos años. En cambio, el mundo nordoccidental va acusando cierto desequilibrio entre los compromisos heredados y el personal que disminuye.

En las visitas canónicas y de animación, particularmente en las de 240
conjunto, se ha comprobado en todas partes un fuerte *sentido de identidad y pertenencia*.

Al mismo tiempo son evidentes la capacidad de adaptación para insertarse en los contextos, la formulación de proyectos educativo-pastorales y el empleo de los recursos disponibles. Se trata de una actitud más espontánea que refleja, donde influyen la referencia a los destinatarios y sus necesidades, la percepción de la situación social y una lectura inmediata de la cultura. Sus signos son la afluencia de jóvenes, las relaciones con organismos y autoridades del lugar, el esfuerzo de ofrecer respuestas a las necesidades más sentidas y el interés por aprender lenguas y costumbres.

Ante la nueva expansión y la diversidad de contextos, se han pro- 241
bado las *soluciones estructurales* que permiten las Constituciones para ir al encuentro de las condiciones particulares y favorecer el desarrollo de las obras en algunas zonas. Se han creado, así, circunscripciones de estatuto especial: la de Piamonte y Valle de Aosta, y las de Madagascar, Zambia y Este de Europa.

La Congregación se presenta hoy con el mayor número de circunscripciones jurídicas de su historia (89), concebidas de la forma más diversificada. Es una experiencia que hay que seguir con discernimiento y atención, para dar posibilidades de desarrollo cuando se vean las condiciones necesarias y, al mismo tiempo, sin multiplicar las circunscripciones demasiado pequeñas sólo por razones étnicas o nacionales cuando sus condiciones no sean seguras, aunque sin ignorar la unidad del territorio renunciando a la posibilidades que ofrezca.

242 En este sexenio se han ampliado también para nosotros las *áreas de libertad* donde podemos realizar, sin limitaciones indebidas, nuestra misión. Sigue prohibida la acción pastoral en algunos países donde está en vigor el integralismo islámico: Irán, Yemen, donde mantenemos una presencia al servicio de católicos de diversa procedencia. También sufrimos restricciones donde siguen los regímenes ideológicos: China. En otros lugares hay limitaciones parciales, pero se nos permite la acción educativa y, con particulares cautelas, la pastoral con católicos (áreas islámicas moderadas), o se nos reconoce el derecho a la atención religiosa de todos: Cuba.

Los hechos del Ruanda han supuesto, también para nosotros, sufrimientos y perjuicios, ordinariamente materiales y morales, aunque tampoco han faltado pérdidas humanas de colaboradores y de algún salesiano. Vicisitudes análogas hemos tenido que afrontar en Liberia.

243 Un hecho de gran relieve en el sexenio ha sido la *muerte del Rector Mayor,* don Egidio Viganò, cuando ya estaba convocado este XXIV Capítulo General. Su enfermedad se había manifestado un año antes, pero todo hacía esperar (¡era también su convicción!) que pudiera llegar al término natural de su mandato. En su funeral y después, hasta hoy, han sido patentes la gratitud de la Congregación por su generoso y sabio servicio y la estima de que gozaba en los ambientes eclesiales y civiles. Los salesianos y las comunidades locales, las Inspectorías y las ramas de la Familia Salesiana han demostrado una admirable solidaridad, cercanía y comprensión.

Poco antes había fallecido don Martín McPake, consejero regional de lengua inglesa, no substituido por razones fáciles de comprender.

La situación que se creó con tales ausencias ha sido asumida solidariamente por los miembros del Consejo General. Por lo que se ha llegado a este XXIV Capítulo General sin renunciar a aspectos o actuaciones del programa previsto.

2. FUERZAS Y CONTEXTOS EN QUE ACTUAMOS

2.1. Número de salesianos

El número total de salesianos y novicios (incluidos nuestros 90 obispos) se mantiene substancialmente estable desde 1977.[1] En el último sexenio ha habido una disminución de 75 unidades entre 1990 (17.631) y este momento (17.556). Un análisis más detallado dice que ha habido un crecimiento constante de profesos en la mayor parte de las Inspectorías de Asia.[2] Lo mismo sucede en África, donde, sin embargo, hay que incluir la aportación externa[3] y el hecho de que la mayoría del personal nativo se halla aún en período de formación.[4] También hay aumento en la zona oriental de Europa.[5] 244

El cuadro de América Latina se parece a una piel de leopardo: aumenta un poco en ciertas Inspectorías, se mantiene en algunas y disminuye en otras. El hemisferio nordoccidental (34 Inspectorías) acusa una disminución general con el consiguiente envejecimiento según los casos.

El número de coadjutores ha seguido disminuyendo lentamente;[6] esto se debe también a que las naciones de donde procedían la mayoría están viviendo un período de crisis vocacional, y en otras, en las que abundan los candidatos, por diversas razones se pagan las consecuencias de una imagen demasiado clerical de nuestra vocación y misión, o la cultura misma infravalora el trabajo artesanal y técnico, que ha sido una de las características de esta vocación.

En no pocas Inspectorías ha aumentado el interés y el esfuerzo de presentar la vocación de coadjutor, y hay señales de recuperación en calidad y cantidad. Las orientaciones del Sínodo sobre la Vida Consagrada

[1] En 1977, el total de salesianos y novicios era de 17.642. Desde entonces, aunque con oscilaciones, se ha mantenido en torno a los 17.500

[2] 2.213 en 1984; 2.473 en 1989; 2.842 en 1995. Para más detalle, cf. el anexo del Informe con los datos estadísticos

[3] 168 de 1989 a 1995

[4] Alrededor de 180 de un total de 297

[5] 1.679 en 1990; 1.755 en 1995 en el conjunto de Polonia, CEP, SLK y EST

[6] 2.661 en 1989 y 2.518 en 1995

estimularán ciertamente nuestra responsabilidad carismática por la vocación del salesiano laico.

2.2. Entradas

245 Tampoco ha sufrido variaciones importantes desde 1984 el número anual de novicios[7] y ofrece la misma distribución.

Asia tenía 170 en 1990 y sube a 193 en 1995;[8] África pasa de 26 en 1989 a 62 en 1995;[9] el Este de Europa (CEP, Polonia, SLK, EST) pasa de 74 en 1989 a 111 en 1995.[10]

Al número de novicios (total y distribución) corresponden las primeras profesiones o entradas en la Congregación.[11]

El fenómeno vocacional se ha estudiado en las Regiones, aprovechando los estudios y análisis de las Iglesias locales. En las naciones secularizadas, el diagnóstico de la situación religiosa y cultural es ya común y se repite. La diferencia en los resultados procede de la diversa capacidad de propuesta. Así, algunas Inspectorías de la zona en crisis han sabido centrarse en la edad juvenil con itinerarios de fe, experiencias de oración e implicación comunitaria y apostólica, y recogen frutos, si no abundantes, sí al menos proporcionados a las dificultades del ambiente. Resultan decisivas la atención a descubrir los indicios, las formas de acompañamiento, la acogida de los jóvenes en comunidades salesianas y la consistencia de la vida espiritual hacia la que se orienta a los jóvenes.

De la lectura de este fenómeno en las Inspectorías se deduce el influjo que ha tenido el paso de confiar la responsabilidad a uno o más delegados de vocaciones a que sean las comunidades las que se comprometen en ello. La incidencia de estos factores se observa también en toda la Iglesia. Por ello, podemos darlos como indicaciones definitivamente válidas para la pastoral vocacional.

[7] El total de novicios en este sexenio ha sido de 3.649, con una media anual de 608. En el sexenio anterior (1984-1989) el total de novicios fue de 3.639

[8] 1.021 en los seis años, con una media anual de 170,16

[9] 254 en el sexenio: 42,40 al año; pero no estará de más recordar que aumentan gradualmente

[10] 699 en total: 116,60 al año

[11] En el sexenio 1990-1995, el total de nuevos profesos ha sido de 2.997 (341 L; 2.649 S, y 7 P): corresponde a una media anual de 499,5

2.3. Pérdidas

El número de entradas permitiría un crecimiento de la Congregación 246
en su conjunto, ya que las bajas por muerte en el sexenio giran en torno a 244 unidades al año.[12] Sin embargo, tal posibilidad queda anulada por las salidas.[13]

Este número de abandonos hace pensar. En la inmensa mayoría de los casos tienen lugar durante la profesión temporal.[14] La distribución por Regiones es desigual. Se debe no sólo al hecho de que a mayor número de entradas corresponde naturalmente mayor cantidad de defecciones, sino también a los criterios de aceptación, a factores de personalidad y a la calidad de la formación.

El análisis de las motivaciones de las salidas todavía no se ha profundizado suficientemente. La Secretaría General y el Dicasterio de Formación piden una valoración al inspector y al interesado; pero ni la valoración del inspector, o de quien la haga por él, llega en todos los casos, ni siempre los interesados hacen una petición motivada de la dispensa que piden, y menos aún cuando se retiran al terminar el período de sus votos.

Una consideración general sobre los casos estudiados nos ofrece como elementos generadores de las crisis: la ausencia inicial de motivaciones auténticas, que muchas veces proceden de las limitaciones del camino de fe, la poca interiorización de las actitudes y de las prácticas sobre las que se apoya la vida consagrada (oración, reconciliación, dirección espiritual), las dificultades de inserción comunitaria y en el trabajo educativo –especialmente durante el tirocinio–, la aparición de novedades en el campo afectivo, y el crecimiento cultural independientemente de la vivencia religiosa.

Los elementos que habían ocultado o diferido las crisis parecen ser la deficiente preparación al noviciado, la insuficiencia del discernimiento –que fácilmente se deja para más tarde– y ciertas características del joven, tales como la dificultad ante una opción definitiva, la inconsistencia de la maduración religiosa, la fragilidad ante el fracaso y el deseo de realización y de gratificaciones inmediatas.

Hecho el diagnóstico, hay que pensar en los cuidados y remedios.

[12] 272 difuntos en 1995; el total del sexenio es de 1.464
[13] 1.768 en el sexenio: 294,6 al año
[14] 1.309 en el sexenio; 218 al año

2.4. Los seglares y la Familia Salesiana

247 Las posibilidades de la misión salesiana se multiplican gracias a la presencia de los *seglares,* hombres y mujeres, que de diversas formas colaboran en las obras, se adhieren a las iniciativas de las comunidades o comparten el espíritu de san Juan Bosco. Se observa un aumento notable de los mismos y una progresiva asunción de responsabilidad, que va del desempeño de cargos directivos en una obra a la gestión completa de algunas de ellas bajo la supervisión de la Inspectoría.

Tal presencia es una aportación providencial a la misión, pero también un reto a la capacidad de formar y motivar de las comunidades salesianas. También plantea problemas jurídicos y de organización. La práctica ha hecho progresos notables en todos los aspectos mencionados; ello se debe también a la tercera disposición del XXIII Capítulo General[15] y al interés de las Inspectorías para ponerla en práctica.

La diversidad de contextos culturales, jurídicos y eclesiales supone diferencias en las posibilidades de implicar, corresponsabilizar y formar a los seglares. Resulta, pues, urgente recoger y difundir, para bien de todos, el caudal de experiencias, por ahora pragmáticas y dispersas, para señalar un modo de hacer común. A ello se orienta este XXIV Capítulo General.

248 Entre los seglares hay que recordar particularmente a quienes pertenecen a la *Familia Salesiana:* Cooperadores y Antiguos Alumnos.

Los *Cooperadores* aumentan, en casi todas las Regiones, numéricamente y en la conciencia de su propia espiritualidad; es más clara su voluntad de colaborar, mayor su capacidad de compromiso apostólico y mejor su organización en el ámbito inspectorial, regional y mundial. Caminan hacia una mayor autonomía en la gestión y difusión de su Asociación, a la vez que se mantiene, cada vez con mayor convencimiento, su unión con el Rector Mayor y los inspectores.

Sin embargo, las posibilidades de esta vocación sólo se aprovechan parcialmente. Se requieren una conciencia más amplia de lo que significa para la integridad de expresión del carisma salesiano y mayor entrega en difundirla.

También entre los *Antiguos Alumnos* crecen, aunque de forma desigual según las Regiones, el sentido de identidad vocacional, la capacidad

[15] Cf. núms. 232-238

y voluntad de actuar conjuntamente en áreas decisivas para la cultura y la vida; crecen asimismo en organización y en número. Ciertas Regiones cuentan con una continuidad ininterrumpida y con eficaces centros de animación; en otras se ha producido una pérdida respecto a épocas anteriores, y en algunas nunca han funcionado sus centros.

Las posibilidades de la misión salesiana se potencian con la cooperación entre nosotros, las *Hijas de María Auxiliadora* y las Voluntarias de Don Bosco. La unidad de espíritu y de orientación pastoral produce una convergencia de iniciativas que se administran con autonomía. Hasta ahora la cooperación más frecuente, posible y fecunda, es la que se organiza en la zona o con aportaciones parciales en iniciativas y obras dirigidas por un Instituto en particular.

2.5. Las comunidades y las obras

En las estadísticas hay un dato que salta a la vista: el número de sa- 249
lesianos sigue igual, pero las comunidades aumentan. En este momento las erigidas canónicamente son 1.770, y 268 las obras no constituidas canónicamente; se trata, pues, de un total de 2.038, frente a las 1.603 erigidas, más 245 no erigidas, (1.308) de 1989. La diferencia resulta todavía más llamativa si la confrontación se hace con un momento en que los salesianos eran más.[16]

Este dato se refleja en la realidad de no pocas Inspectorías. Según tendencia general de toda la vida religiosa, bajo el influjo de la actual complejidad del trabajo pastoral y sobre todo como respuesta a las nuevas exigencias de las personas, el número de salesianos ha disminuido en cada comunidad; pero al mismo tiempo han aumentado sus destinatarios y, con frecuencia, los sectores de trabajo en cada obra.[17]

La misión pone muchas veces a los salesianos en frentes de trabajo diversos y separados: secciones distintas de un colegio, tareas en la Iglesia local, animación de realidades en el barrio.

[16] En 1972 los salesianos eran 18.773, y las comunidades 1.480. Respecto al sexenio 1990-1995, conviene tener en cuenta que se han regularizado y contado las comunidades de algunos países del Este europeo

[17] Según las estadísticas, en 1995 los destinatarios son 748.224 en las escuelas y colegios, frente a los 709.770 de 1989; 97.514 en las escuelas profesionales y agrícolas, frente a los 95.665 de 1989; 14.111.229 en las parroquias, frente a los 13.480.643 de 1989

Como hacía ver el documento *La vida fraterna en comunidad,* [18] esto tiene algunas ventajas: relaciones más personalizadas y profundas, tono fraterno en todas sus expresiones, posibilidades de comunicación, mayor ámbito de responsabilidad para cada salesiano y mayor corresponsabilidad en el grupo, aprovechamiento y desarrollo pleno de las cualidades de cada uno.

Pero, a su vez, también encierra peligros: cuando la disminución del número de salesianos llega al mínimo previsto en los Reglamentos [19] –sólo por la presión del trabajo y de peticiones que no se quieren rechazar, o por la escasez del personal respecto al volumen de obras–, las comunidades se empobrecen, el individuo se ve privado del soporte imprescindible y enriquecedor que es la vida fraterna, y los pocos salesianos viven abrumados por tareas que con frecuencia ni siquiera les permiten hacer satisfactoriamente su trabajo educativo y pastoral. Todo ello perjudica la calidad de la acción y la vida psíquica y espiritual de las personas.

Por lo tanto, en este sexenio, sin sujetarse a un criterio material pero teniendo en cuenta la indicación de los Reglamentos, se ha insistido en dar a las comunidades locales una consistencia cuantitativa y cualitativa suficiente para la vida fraterna y para el trabajo pastoral. Es un criterio en el que debemos seguir insistiendo, aunque viendo los contextos y la diversidad de situaciones en las Inspectorías.

Siempre es posible atender una petición particularmente urgente, aprovechando incluso las aptitudes particulares de algún salesiano; pero no es lo mismo que programar o permitir el desarrollo de una Inspectoría con criterios distintos de los que dan las Reglas y la experiencia de la Congregación.

2.6. Un modelo operativo común

250 Aunque cambia la composición de las comunidades, el modelo operativo es el mismo en todas partes, al menos en las declaraciones de principio: los salesianos como núcleo animador, la implicación y corres-

[18] *La vida fraterna en comunidad* (VFC), Congregación de Institutos de Vida Consagrada y de Sociedades de Vida Apostólica, 1994

[19] Cf. art. 150. 20

ponsabilidad de los seglares y la preparación de un proyecto posible, adecuado a los destinatarios, a las fuerzas y al contexto.

Sin embargo, el papel efectivo de los salesianos en tal modelo es diferente. En no pocas obras logran ser el referido núcleo; en algunas ya están resultando una presencia de acompañamiento y garantía, y en otras, un apoyo y orientación a distancia.

Esta composición del sujeto responsable de la pastoral necesita nuevas capacidades y nuevas formas de actuación por parte de cada salesiano y de las comunidades. Sugiere la necesidad de niveles más altos en la preparación del personal.

Por otra parte, el modelo no sólo es válido, sino el único posible en las presentes circunstancias. Así pues, es preciso que las Inspectorías lo profundicen, difundan y preparen a los salesianos, especialmente a los dirigentes, para realizarlo, y que lo exijan en todas sus obras.

2.7. El reto de los contextos

El XXIII Capítulo General creyó que era importante evidenciar los 251
retos particulares que presentan los diversos contextos socioculturales dentro la actual cultura común que los atraviesa a todos. Las asambleas eclesiales de ámbito continental han dedicado atención a tales contextos, y describen de forma amplia las cuestiones que plantean a la dignidad de la persona y a la fe.

También el Sínodo sobre la Vida Consagrada procuró ver las expresiones de la opción por Dios y por la misión apostólica que resultan más transparentes y significativas en los diversos contextos.[20]

No incluyo aquí tales descripciones. Me limito a señalar sintéticamente lo que ha interpelado con más fuerza a los salesianos en cada contexto, según los informes de las Regiones.

América Latina nos pide un esfuerzo para evangelizar la religiosidad y la cultura popular, la presencia entre quienes sufren las consecuencias de la pobreza, y la promoción de una mentalidad social que sea capaz de crear para todos las condiciones de una vida digna. Nuestro carisma nos lleva a realizar tal compromiso en la educación de la juventud

[20] Cf. *Instrumentum laboris*, núms. 27-29

y del pueblo, entendida de forma amplia. Es fundamental insertar nuestra aportación carismática en la acción de la Iglesia latinoamericana, que se ha dado determinadas líneas de acción, aunque no en todas partes se conozcan ni se pongan en práctica con coherencia y valentía por parte de las Iglesias locales.

En *Asia* sentimos cada vez con más fuerza la urgencia de un testimonio claro e inequívoco de la originalidad cristiana, la necesidad de mostrar la vivencia religiosa en sus principales manifestaciones (oración, espiritualidad) y de reflexionar sobre su cultura, la necesidad de llevar el encuentro-diálogo interreligioso a la vida y al quehacer de cada día, la afirmación de un humanismo que brota de Cristo y que nos lleva a afrontar viejas llagas del contexto (discriminaciones, diferencias sociales, pobreza).

En el *área nordoccidental* sentimos fuertemente la escasa relevancia social del factor religioso, la liberalización del pensamiento y de las costumbres, la presencia determinante de la mentalidad consumista, el subjetivismo ético y el hundimiento de la solidaridad social. Por otra parte, nos apremia la búsqueda espiritual cada vez mayor en el individuo, la disponibilidad a ayudar al necesitado, el sentido "universal" y la sensibilidad a ciertos valores.

En el *Este de Europa,* si bien las situaciones son muy distintas de una nación a otra, debemos tomar nota y situarnos en su nuevo clima cultural y sociopolítico. Nos apremia la reconstitución de las comunidades, el testimonio de vida consagrada, el cuidado pastoral de comunidades cristianas que llevan mucho tiempo de abandono y la reevangelización de la mayoría. Al mismo tiempo debemos lograr que sean patentes, como respuesta a las demandas del contexto, los rasgos centrales de nuestra misión: la opción juvenil y la dimensión educativa.

En *África,* mientras nos alegramos de su rápido crecimiento cuantitativo, nos interpelan la urgencia de la primera evangelización en amplios sectores de población –donde hay que contar con las creencias tradicionales y el pulular de sectas–, la consolidación de las Iglesias, la acogida y formación de sus numerosas vocaciones, la comprensión profunda de la sensibilidad africana, la humanización de aspectos-clave de la cultura (mujer, relaciones entre grupos tribales y familiares, pobres) y la asistencia a la numerosísima juventud.

2.8. Los medios económicos

Los datos generales sobre la economía figuran en la primera parte 252
de este Informe. Aquí interesa decir que la Providencia nos ha mandado los medios necesarios para sostener las obras existentes y para abrir otras nuevas, así como para una vida sin escasez y para la conveniente formación del personal. En ningún caso hemos tenido que limitar nuestra acción por falta de recursos económicos. Una activa solidaridad y la mayor capacidad de búsqueda de fondos hace que también quienes se encuentran en áreas económicamente deprimidas puedan disponer de los medios imprescindibles y crear, en períodos de tiempo relativamente cortos, las estructuras suficientes para actuar.

2.9. El gobierno: estructura y funcionamiento

La necesidad de acompañar a las Inspectorías en la diversidad de 253
sus situaciones inspiró hace treinta años (1965) un cambio de estructura en el gobierno de la Congregación, sancionado en las diversas redacciones posteriores de las Constituciones.

El Consejo General tiene dos clases de consejeros: los de sectores de actividad y los regionales. A estos últimos, en cuanto consejeros del Rector Mayor y miembros del Consejo General, se les confía la unión de cierto número de Inspectorías con el Rector Mayor y entre de ellas para un conveniente intercambio de experiencias y para coordinar las iniciativas comunes. Las Inspectorías que pertenecen a un contexto homogéneo forman Conferencias Inspectoriales. Las Constituciones y los Reglamentos les dan mayores competencias.

Dado el papel propio del consejero regional, ordinariamente se le ha confiado a él la visita extraordinaria, que según el artículo 104 de los Reglamentos debe hacerse cada seis años. Es un momento privilegiado de conocimiento y orientación por parte del Rector Mayor y del Consejo; es también una ocasión para tomar decisiones urgentes o extraordinarias.

Los consejeros de sectores, siempre a las órdenes del Rector Mayor, cuidan puntos fundamentales de unidad ideal y operativa en lo que se re-

fiere a su ámbito, y animan a cada Región en la realización de tales puntos, según los contextos y las posibilidades de cada una. Sus visitas de animación en este sexenio han sido muchas más que en los sexenios anteriores, emprendidas por iniciativa propia o tras invitación de algún consejero regional, inspector o encargado local de la animación.

El Consejo General dedica una atención especial a cada Inspectoría, para verificar su solidez religiosa y vitalidad apostólica. Lo hace en el momento de nombrar al inspector (consulta y valoración del estado de la Inspectoría), en el estudio del informe de la visita extraordinaria –al que sigue una carta del Rector Mayor– y en la aprobación de las decisiones de los Capítulos Inspectoriales y del Directorio Inspectorial. Tal acompañamiento se refuerza con la administración ordinaria: nombramiento de consejeros inspectoriales, autorizaciones para acometer obras y erigir comunidades, permisos de gastos por encima de cierta cantidad, aprobación de los directores, dispensas de votos, readmisiones y otros asuntos que según las Constituciones deben mandarse al Rector Mayor.[21]

En la orientación de las Inspectorías tienen, además, un valor decisivo algunos factores: su comunicación con el Consejo General, el carteo frecuente de los inspectores con el Rector Mayor, que le permite ejercer su papel único de consejo y guía, y los encuentros con el Rector Mayor, que asumen carácter extraordinario en las visitas de conjunto.

En los treinta años pasados desde que comenzó esta forma de animación y gobierno han tenido lugar algunos hechos: por una parte, la Congregación se ha extendido y desarrollado en áreas geográficas nuevas con la consiguiente necesidad de confrontarse con problemas y contextos diversos; la descentralización ha hecho crecer –en las Conferencias, Regiones e Inspectorías– la capacidad de autoanimarse con cargos de conexión y un ritmo frecuente de reuniones; por ello, hoy día proveen de forma autónoma a aspectos de animación que antes se atendían desde organismos superiores. Por otra parte, se ha visto cada vez con mayor claridad el espacio de animación que corresponde a cada dicasterio, hasta abarcar, desde una perspectiva particular, la totalidad de los aspectos de la vida salesiana. Se han multiplicado las iniciativas sectoriales. Ha aumentado, en los últimos treinta años, el número de

[21] Cf. Const. 132; Reglam. 106

Consejeros de sectores y el de regionales. Además, la forma de concebir y desempeñar el cargo ha cambiado, por la mayor demanda de presencia y de servicios, por la descentralización y por el relevo de las personas.

La multiplicidad de propuestas posibles de los organismos de animación debe contar con la capacidad operativa de las Inspectorías –en muchas de las cuales las fuerzas se van reduciendo–, con el tiempo necesario de asimilación y con la existencia de organismos regionales, que también son centros de difusión de estímulos y proyectos.

Al mismo tiempo ha aumentado, para el Rector Mayor y su Consejo, la necesidad de afrontar y resolver problemas que no admiten dilación.

La labor de animación y gobierno del Rector Mayor y su Consejo se ha inspirado en un programa común, hecho al principio del sexenio a la vista de las orientaciones del XXIII Capítulo General. En relación con dicho programa común, y siempre siguiendo la pauta del XXIII Capítulo General, cada consejero (de sectores y de regiones) hizo su plan de propuestas y actuación.

La evaluación de los resultados (visitas, contactos, iniciativas, temas lanzados, material ofrecido, problemas afrontados, asistencia por sector) es netamente positiva, gracias a la entrega de cada consejero a su sector y a su indiscutible voluntad de colaborar con el Rector Mayor y en el Consejo. Las limitaciones observadas son consecuencia natural de una dedicación plena y total al propio cargo. 254

Podemos pensar, por tanto, que la estructura del Consejo es la adecuada a las actuales dimensiones de la Congregación. De todos modos, hay que revisar su funcionamiento, a fin de dar a las propuestas unidad en lo substancial, para limitar a lo esencial y jerarquizar los servicios, para evitar superposiciones en el Centro y con organismos regionales y para afrontar juntos de forma razonable y eficaz problemas particulares. También hay que buscar mayor convergencia de objetivos, mensajes y programas en las visitas; hay que determinar mejor el nivel de intervención de los consejeros; lo mismo que hay que revisar cierto sectorialismo en las elaboraciones y en los movimientos, reforzando la corresponsabilidad de los miembros del Consejo General en los problemas comunes de cada Región y sector.

Todo lo dicho sugiere la necesidad de revisar los grupos de Inspectorías encomendadas a cada consejero regional de acuerdo con el desarrollo actual de la Congregación, así como la conveniencia de aclarar la distribución de servicios entre los consejeros de sectores. En cambio, el aumento de consejeros haría menos ágiles los procesos de elaboración y la toma de decisiones, y crearía nuevas dificultades para corregir los inconvenientes a que nos hemos referido.

3. SIGNIFICADO DE NUESTRA PRESENCIA

Con los medios reales y potenciales de que se ha hablado arriba, la Congregación debe afrontar los retos de su misión en el futuro próximo y a medio plazo, ideando nuevas modalidades de acción. Lo que hemos dicho hasta ahora contiene ya indicaciones útiles.

3.1. La originalidad educativa

El *aspecto "educativo"* es el rasgo que caracteriza nuestra pastoral juvenil en tres sentidos: en cuanto a los destinatarios, nos dirigimos a quienes tienen necesidad de apoyo en su crecimiento humano; en cuanto al contenido, asumimos la instrucción, la cultura, la preparación para el trabajo y el tiempo libre como parte del camino de fe; en cuanto al método, *evangelizamos educando.* 255

En el área educativa no han faltado ni atención ni deseo de adecuar el paso a las nuevas demandas y exigencias ni creatividad.

Hay signos alentadores: nuestro servicio es apreciado por doquier, gracias a la entrega de los hermanos, a su capacidad para llevar obras educativas, al patrimonio pedagógico que se nos reconoce en la Iglesia y en la sociedad civil, y a algunas características de nuestros ambientes que siguen siendo actuales, tales como la relación educativa, el clima de acogida y de familia, el justo equilibrio entre espontaneidad juvenil y disciplina, entre exigencia y comprensión, entre autonomía y acompañamiento. El Sistema Preventivo, aunque profundizado en grado diverso, sigue siendo referencia universal, y en todas partes se vive al menos en sus riquezas pedagógicas fundamentales.

Se presta atención y se procura conocer los problemas de los jóvenes, al menos teóricamente. Por doquier se hace cierta reflexión sobre los valores a los que hoy son más sensibles los jóvenes y sobre su actitud frente a cuanto les ofrecen la familia y las instituciones. Esto se desprende de los Capítulos Inspectoriales, de los proyectos educativos, de los estudios especializados y de las ponencias que se oyen en los congresos.

No siempre tal conocimiento es profundo ni comunitario hasta el

punto de influir en la mentalidad y en la práctica de cada salesiano; pero la sensibilidad hoy es mayor que antes.

Los *espacios educativos* se multiplican, y es posible crear otros nuevos por las diferencias cada vez mayores que presentan los sujetos, por la prolongación del período educativo, que requiere otros servicios; por la modularidad, que permite hacer programas diferenciados; por la aparición de nuevos agentes de educación, y por el alcance actual de la educación, que penetra en el vasto campo de la cultura (educación de la mentalidad y de los adultos).

256 Las estructuras educativas tradicionales han hecho un esfuerzo notable de renovación. La *escuela* se ha centrado con más decisión en la edad superior y ha procurado adecuarse en la didáctica y organización. Sobre todo, ha dirigido una atención nueva a los aspectos educativos, tratando de recuperar de algún modo lo extraescolar. Sigue siendo el ambiente donde estamos en contacto con el mayor número de adolescentes, durante más tiempo y con el programa cultural más consistente. Es también el ambiente donde trabajan más salesianos y donde los seglares aumentan de modo más claro. En algunas partes sufre la discriminación económica y el descenso de la natalidad. En todas partes, además, deben atenerse a las reformas de la enseñanza y adecuarse al *puesto* que los jóvenes dan al quehacer escolar en la distribución de su tiempo y en su estima.

El peligro de las estructuras escolares es que no afronten los problemas más importantes de los jóvenes, que hoy son los vitales: relaciones, busca de sentido, orientación, opción de valores y de fe. Y ello, por las condiciones del programa (escasez de tiempo, predominio de las tareas didácticas), pero también por las limitaciones de nuestra preparación. Donde se ha renovado el planteamiento cultural y la escuela llega con sus propuestas al tiempo no estrictamente escolar, tiene más posibilidades de responder a las expectativas juveniles.

257 También el *oratorio-centro juvenil,* aunque siempre peligra su significado educativo por lo inconsistente de las propuestas y su vaciamiento por su poca garra con los jóvenes, en algunas áreas ha tenido novedades; por ejemplo, la animación participada, la respuesta a nuevos intereses, mayor sensibilidad cultural e implicación social, apertura a la zona, vida de grupo y programas de formación más consistentes.

También existen planteamientos estructurales adecuados a la realidad urbana y a la pastoral actual de los jóvenes. En tal sentido, hay que recordar los oratorios *de ciudad* interparroquiales o los de una presencia múltiple.

Nuestros *centros de formación profesional* (no hablo de los institutos técnicos) tienen vicisitudes alternas, según el nivel y ritmo de la evolución tecnológica del país, su colocación en el sistema educativo, el apoyo económico que reciben y, también, nuestra capacidad de hacer ofertas que respondan a la situación juvenil y a las demandas del mercado laboral. Estos centros se difunden donde más abunda la pobreza. Afrontan ciertas dificultades en el área nordoccidental, donde, por lo demás, muchas Inspectorías siempre han tenido al día sus tecnologías, estructuras, organización y programas. En cualquier caso, son siempre expresión eminente de una de nuestras peculiaridades pedagógicas. 258

Junto a estas obras, y en ellas, se multiplican iniciativas menos complejas para responder a necesidades apremiantes: alfabetización, recuperación escolar, iniciación en el trabajo, acogida temporal.

La descentralización educativa, que se va aplicando por doquier, da cada vez más cabida a la formulación de proyectos por parte de los grupos de educadores, y establece una confrontación entre ellos sobre parámetros de profesionalidad y resultados obtenidos. También, pues, nosotros debemos prepararnos para crear y llevar adelante programas escolares y de formación profesional según nuestros criterios.

Resultan particularmente importantes las iniciativas en favor de *los chicos en situación de riesgo o marginados;* han aumentado algo en este sexenio, aunque todavía son insuficientes respecto a las dimensiones del fenómeno, a nuestro propósito de significación y a los llamamientos de la Iglesia. En efecto, ésta, no sólo en América Latina, sino también en África y hasta en Europa, ve en la presencia y acción por los pobres el signo más elocuente de la caridad. El XXIII Capítulo General dio un impulso en este sentido: «Antes de concluir el próximo Capítulo Inspectorial –dijo–, toda Inspectoría individuará también frentes de trabajo nuevos y urgentes, principalmente entre los jóvenes que tienen mayores dificultades, organizando para ellos alguna presencia como signo de nuestro ir a los jóvenes que están más lejos de la fe».[1] 259

[1] XXIII CG, núm. 230

Últimamente se ha notado una asunción más decidida de tales iniciativas por parte de las Inspectorías y, en consecuencia, una mayor integración de las mismas en el proyecto inspectorial. Las perspectivas de su expansión para afrontar las nuevas manifestaciones de marginación (discriminación, abandono, emigración) son, en general, débiles. Lo mismo ocurre con la continuidad de las existentes cuando se basan en la capacidad y entrega de uno o dos salesianos. En ello influye la escasez de personal y el que todavía sean pocos los salesianos que se sienten con ánimo para trabajar en tales situaciones. Algunas de estas obras presentan un *modelo nuevo* desde el punto de vista pedagógico y salesiano, bien concebido y realizado con tenacidad; otras adolecen de cierta improvisación y espontaneidad, sin claridad de criterios, objetivos e itinerarios. Hay que destacar el influjo que tales iniciativas tienen en los otros ambientes de educación y el mayor conocimiento que dan de la inadaptación juvenil, así como la incidencia que encuentran en el contexto social y la colaboración que logran suscitar.

Hay que reconocer asimismo que a las distintas formas de marginación también se dan respuestas parciales en las otras presencias educativas.

260 Los oratorios, las escuelas y colegios, los centros de formación profesional, los grupos y asociaciones juveniles y las iniciativas en el frente de la inadaptación cubren, en la medida de nuestras posibilidades, *las etapas de la primera y segunda adolescencia:* chicos y jóvenes. Predominan los primeros. A su servicio hay también un conjunto de propuestas de educación y evangelización que aprovecha nuestro patrimonio tradicional y las nuevas posibilidades: programas de verano, campamentos, organizaciones deportivas.

261 La prolongación del período educativo y la busca de niveles más altos de instrucción en las clases medias y populares nos ha llevado a dedicar más medios al *sector universitario*. Su atención asume cuatro modalidades: asistencia educativa en residencias, gestión de estructuras universitarias –que en este momento son diecinueve, sin contar nuestros centros de estudios–, acompañamiento espiritual personal o de grupo en ambientes pastorales –tales como oratorios, parroquias o Movimiento Juvenil Salesiano– y participación en la evangelización de la cultura universitaria con la presencia de salesianos en universidades ajenas y con publicaciones especializadas.

Los problemas que aparecen en los dos primeros sectores son, especialmente, de calidad: la posibilidad de una formación cristiana auténtica en las residencias, la comunicación de una cultura general y profesional, de inspiración cristiana, en las instituciones universitarias. Esta última resulta más urgente. Hecho el primer esfuerzo de organización que suponen tales iniciativas, es el momento de afrontar, decidida y comunitariamente, la calidad cultural y pastoral, comenzando por la preparación de salesianos y seglares.

En todos los ambientes y en la mayor parte de los contextos, se ha 262
hecho habitual la *presencia de chicos y chicas*. El fenómeno se ha extendido respecto al decenio de los años 80. El diálogo con el Rector Mayor y con el Consejo, indicado en el artículo 3 de los Reglamentos, ha servido para acompañarlo y para establecer una práctica respecto a ambientes, personal, proporción y otras medidas educativas.

Hoy los interrogantes no se plantean tanto sobre la oportunidad de la copresencia, según los criterios que se han ido dando (convenientes distinciones en cuanto a edad, actividad, etc.), sino sobre nuestra capacidad de coeducar en el clima creado por el reconocimiento de la originalidad de la mujer y de la reciprocidad. En algunas Inspectorías el tema se ha sometido a reflexión con evidente beneficio para todos.

Nuestra colocación en el área de la educación supone capacidad 263
para crear itinerarios adecuados a los educandos, partiendo de lo humano según una visión cristiana. En esta línea insistió el XXIII Capítulo General, que señaló cuatro aspectos del itinerario "tipo" que seguimos, e hizo ver la importancia que tiene la formación de la conciencia, la educación en el amor y la preparación para intervenir en la política.

Esta tarea nos exige aún diversos esfuerzos: en algunas partes debemos medirnos con las demandas reales, dejando de ser repetitivos y de importar modelos; en otras se requiere un nuevo acercamiento a la cultura y una puesta al día en contenido y métodos, como decía don Egidio Viganò en sus circulares sobre la educación.[2]

A esto respondía también la petición de hacer proyectos educativo-pastorales donde se definieran los objetivos, contenidos, itinerarios, métodos y relaciones educativas. En tales proyectos han trabajado las

[2] Cf. ACG 337. 344. 346

Inspectorías y las comunidades locales, de forma más numerosa las primeras, por lo que a veces el esfuerzo de redacción de unos pocos –sus responsables– ha tenido una incidencia relativa en la actuación de las segundas. Sin embargo, en conjunto, aunque lentamente y con aspectos que aún deben ser revisados (formación social, camino de fe, participación de los seglares), la preparación de los proyectos educativos está en marcha.

3.2. La calidad pastoral

264 El programa del sexenio incluía una mejora de la calidad pastoral en todas nuestras obras, especialmente en las juveniles. Los dos filones convergentes del XXIII Capítulo General –el itinerario de educación de los jóvenes en la fe y la espiritualidad juvenil salesiana– subrayaban el propósito de acompañar a todos los jóvenes con los que entramos en contacto, y desde sus primeros pasos, en la maduración cristiana.

Se ha notado en todas las Inspectorías el esfuerzo de llegar a un mayor número de jóvenes con el primer anuncio, de orientar a los grupos de intereses varios en un camino de crecimiento cristiano, de proponer con mayor abundancia experiencias de fe y de compromiso apostólico a los jóvenes dispuestos a ello: animadores, objetores de conciencia, miembros del Movimiento Juvenil Salesiano.

Entre tales experiencias destacamos algunas que indican búsqueda: las escuelas y/o encuentros de oración; la implicación en iniciativas de solidaridad en la zona y en el extranjero, cuyo signo es la organización del voluntariado, pero que va más allá; la participación activa de los jóvenes en nuestra misión; la formación de animadores, que ya se ha generalizado, y la inserción temporal de jóvenes en la vida comunitaria salesiana.

265 También la *Espiritualidad Juvenil Salesiana,* lanzada en 1980 y propuesta a todos en el XXIII Capítulo General, ha dado pasos adelante en su extensión y en una formulación renovada. Se estudia y celebra en reuniones de dimensiones medias y grandes. Ha crecido la conciencia de que la prueba de su validez es la vida de gracia y el camino de santidad de los jóvenes.

Se siente su demanda. Los jóvenes necesitan profundizar en la vi-

vencia cristiana y darse razón de la misma en un clima plural donde puede resultar insignificante y aislada. También es urgente frente a otras corrientes juveniles de espiritualidad de signo diverso en la Iglesia y como camino adecuado para una propuesta vocacional.

Sin embargo, plantea interrogantes la realidad de su influjo en la formación de los jóvenes. Es cierto que ha aumentado el número de quienes se implican en nuestra misión y en las iniciativas de solidaridad; pero no siempre hacen un camino interior, coherente y constante de conformación a Cristo por la meditación de la Palabra, la conversión y la vida sacramental.

Así pues, mientras damos gracias al Señor por los resultados obtenidos, debemos preguntarnos dónde están las limitaciones: si en la formulación o en la pedagogía de la propuesta, en las convicciones y en la vivencia de los salesianos –como individuos y en cuanto comunidad– o en su poca atención a la gracia que actúa en todo joven.

Ciertamente se ha llegado a algunas conclusiones prácticas: debemos ser más capaces de comprender la vida del joven en Cristo y orientarlo hacia metas exigentes mediante una dirección espiritual personalizada. A menudo se lamenta la falta de iniciativa en las comunidades, aunque la tengan ciertos salesianos. En algunos de nuestros ambientes, la espiritualidad juvenil salesiana se presenta aún como la perspectiva de un grupo o minoría.

Aun reconociendo estas limitaciones, hay que decir que nuestra pastoral-educación está logrando una integración y un equilibrio mayor entre apertura a la masa y cuidado de la levadura, entre trabajo en instituciones estructuradas y lugares vitales, entre atención a los adolescentes y a los jóvenes, entre acción preventiva de primer grado y programas de acogida y recuperación.

La necesidad de dar calidad pastoral a iniciativas y obras nos lleva a considerar las *cualidades que hay que desarrollar* en cada salesiano y el mejor modo de emplearlas. Hoy es preciso que todo salesiano sepa animar un ambiente educativo amplio, acompañar a grupos, orientar a las personas e influir en el contexto. Para ello hay que tener siempre al día las aptitudes adquiridas y disponer de algún tiempo para revisar propuestas, mensajes y métodos. **266**

Ahora bien, no pocos abandonan ese esfuerzo tras algunos años de profesión o sacerdocio, absorbidos por preocupaciones meramente orga-

nizativas y administrativas o por la multiplicidad de tareas a que deben atender simultáneamente. Es urgente centrar la atención en las personas y en su formación cristiana, trátese de jóvenes, colaboradores o fieles, aprovechando todas las riquezas de la propia vivencia religiosa y del propio sacerdocio.

La prioridad de la evangelización y de la formación cristiana –desde los primeros niveles hasta los más altos posibles de neófitos, cristianos y agentes de pastoral– también hay que tomarla en consideración en las misiones, donde ciertamente se respira aire de creatividad y entusiasmo; pero también ahí existe el peligro de quedar excesivamente atrapado por la creación de estructuras y por la organización de los medios, descuidando la reflexión comunitaria del mensaje, para formularlo de acuerdo con la cultura. A una primera etapa de instalación y fundación debe seguir otra de penetración y profundización. La práctica de la evangelización en las fronteras misioneras debe someterse, pues, a verificación y mejora.

3.3. La colocación popular

267 El trabajo educativo con los jóvenes está, desde hace tiempo y cada vez más, unido a la pastoral popular. Es algo que se ve en la atención a la zona y en la conexión que las escuelas y colegios, oratorios y otras iniciativas tratan de establecer con las familias, las instituciones y la sociedad.

Esto resulta más evidente en las *parroquias*. Los criterios de aceptación, gestión y atención pastoral los formuló el XXI Capítulo General[3] y están recogidos sintéticamente en los Reglamentos.[4] Las condiciones de su cumplimiento se han indicado en orientaciones y reuniones. Algunas Conferencias Inspectoriales acompañan sistemáticamente el trabajo de las parroquias con responsables de su animación y con reuniones periódicas.

Desde hace tiempo se insiste en que se dé a la parroquia una fisonomía salesiana clara, considerando el oratorio-centro juvenil como un

[3] Cf. núms. 135-142
[4] Cf. arts. 25-30

elemento que no puede faltar y desde el que se atiende a los jóvenes con una pastoral abierta y de carácter educativo. La condición para ello es confiarla a una comunidad, donde haya un encargado del sector juvenil, y que se haga el oportuno proyecto pastoral.

Por parte de los organismos animadores de las Inspectorías se han dado los pasos necesarios para crear esa mentalidad. Los resultados son limitados todavía: por lo restringido del personal, por cierta visión de nuestra pastoral oratoriana, entendida como algo secundario en la parroquia, o por dar a nuestras parroquias una genérica fisonomía diocesana.

Mientras tanto, en este sexenio ha aumentado el número de parroquias, siempre por la insistencia de las Iglesias locales y en zonas muy pobladas,[5] a pesar de que ciertas Inspectorías han procurado devolver algunas.

Todo ello dice mucho de nuestra disponibilidad, y a veces remedia alguna situación personal; pero vuelve a plantear el problema de la originalidad juvenil de nuestra misión, de la identidad salesiana de nuestras parroquias, de la suficiencia del personal, del equilibrio de las obras y de la misma atención pastoral a los feligreses según las necesidades y orientaciones actuales. No puede justificarse el trabajo superficial diciendo que es mejor poco que nada. Nos expone a una forma de pastoral que podría desacreditarnos continuamente.

Entre las presencias populares incluyo los *santuarios* con todo lo 268
que suponen de revistas, asociaciones y peregrinaciones. Ha crecido su número debido a una mayor difusión de la devoción a María Auxiliadora y por la tendencia de la pastoral actual a aprovechar el turismo, la facilidad del transporte, el deseo de experiencias religiosas ocasionales y otras motivaciones parecidas.

Hoy existe una mejora de la práctica pastoral en los santuarios, basada en la prioridad de la evangelización y en la comprensión de las demandas y disposiciones de quienes acuden a ellos. Para dicha pastoral se preparan y ponen al día los rectores y el personal que trabaja en ellos. Aun reconociendo la entrega, el celo y la capacidad con que se cuidan

[5] En 1995 las parroquias en nuestra Congregación son 940 con convención, frente a las 898 de 1989; las personales son 321, frente a las 182 de 1989; 225 tienen estaciones misioneras, frente a las 187 de 1989

nuestros santuarios, podemos fijarnos metas más altas en la pastoral popular que se hace en ellos.

3.4. La comunicación social

269 El mayor reto a nuestra misión educativo-pastoral y a nuestra presencia popular procede de la comunicación social. Ésta refleja y amplifica las concepciones de vida de los sectores dominantes y, a su vez, crea un modo de mirar la realidad y de situarse en ella, determinando así modalidades culturales básicas.

La comunicación social entre nosotros ha progresado en todos los frentes: mentalidad de los salesianos, planes de formación inicial, preparación de especialistas y el esfuerzo de una puesta al día básica por parte de la mayoría, volumen y calidad de las informaciones que circula por las Inspectorías, mayor contacto –aunque todavía insuficiente– con los órganos de opinión pública, planteamiento y puesta en marcha de un plan de Comunicación Social para la Congregación aprobado por el Rector Mayor con su Consejo, afirmación o lanzamiento de nuevas iniciativas para la difusión del Evangelio y de la cultura (editoriales, emisoras de radio, programas de televisión) incluso con la colaboración de inspectorías de la misma nación.

Cierto número de empresas de comunicación resultan problemáticas, no sólo por las dificultades económicas y de mercado, sino también por la preparación cultural y profesional de nuestro personal y por algunos hábitos de trabajo que no favorecen una gestión empresarial. La proyección cultural de algunas es débil, aun cuando no les falten equipos materiales ni producción. En otras, la precariedad de personal y la dificultad de relevo impiden un desarrollo constante.

Aparecen como iniciativas personales, y no como proyectos institucionales con garantías de continuidad y crecimiento. Casi por doquier se tiene la impresión de que se invierte más fácilmente en edificios y equipos de material que en la formación del personal y en el estudio de la viabilidad, definición y planteamiento operativo de los proyectos.

Como política de la Congregación, de las Regiones y de las Inspectorías, hay que afirmar con claridad que nos proponemos ser especialistas y dedicarnos a la producción de mensajes, más que ser simples propieta-

rios de estructuras de producción, que siempre se verán sometidas a un desgaste rápido y son de compleja gestión financiera. La preocupación central, pues, debe ser el nivel cultural y profesional –desde el punto de vista de la comunicación– del personal salesiano y seglar, así como la orientación de los proyectos. Hoy no se justifican grandes gastos de adquisición y mantenimiento de instrumentos que no tengan como soporte la correspondiente capacidad de producción cultural y de evangelización.

Tampoco se justifica la falta de personas debidamente preparadas –desde el punto de vista profesional y con una práctica suficiente dentro de las empresas– a la hora de asumir un cargo directivo.

Hoy nuestra comunicación social cuenta con el Instituto de Ciencias de la Comunicación Social (ISCOS) para la formación del personal. De él esperamos un justo equilibrio entre preparación teórica y capacidad operativa, pues necesitamos gente cualificada que vaya al campo de trabajo y no sólo de quien se dedique a la enseñanza. De las Inspectorías esperamos que aprovechen, mejor que hasta ahora, las posibilidades que les ofrece el ISCOS.

El reto más serio, en todas estas obras, procede de la evangelización. El conocimiento de la mentalidad de la gente, la referencia a la cultura popular, la meditación de la Palabra que se anuncia, la formulación de itinerarios adecuados de catequesis –incluso para los adultos–, el empleo de los diversos lenguajes y momentos, y la calidad del mensaje en confrontación con la vida son aspectos con los que debemos medirnos continuamente.

3.5. La colaboración en las Iglesias locales

Cada vez es más frecuente la petición de colaboración en las Igle- 270
sias locales con incumbencias y tareas que responden al carisma salesiano o a la preparación de ciertos salesianos: en la pastoral juvenil, la promoción vocacional, la coordinación de la catequesis, el cuidado de grupos y movimientos, la coordinación de la educación o de las iniciativas para la marginación. Algo parecido ocurre, aunque en menor escala, en el ámbito civil.

Aumentan también nuestras respuestas positivas con un empleo cada vez mayor de salesianos en dichas tareas. Se plantea, pues, la cues-

tión sobre si conviene acceder o no a las numerosas peticiones y multiplicar tales servicios.

Por una parte, éstos son el reconocimiento de nuestra competencia y responden a una forma de actuar en comunión, cada vez más urgente y recomendada. Difunden en las comunidades eclesiales la riqueza del carisma salesiano y, con frecuencia, inician a muchas personas, eclesiásticas y seglares, en nuestro modo de hacer.

Sin embargo, a medida que aumentan, nos llevan a trabajar más individualmente respecto a la comunidad salesiana, aunque nos insertemos en otros grupos y organismos. Esto ocurre menos cuando el servicio se pide a una comunidad, que puede mandar y relevar a salesianos que actúan con corresponsabilidad. Además, con frecuencia tales tareas se encuadran en cargos *diocesanos* y quitan color a la característica de Don Bosco de ir a las fronteras, de dirigirse a los jóvenes «que no saben cuál es su parroquia».

Así pues, hay que discernir –según la urgencia del servicio que se nos pide y en coherencia con el carisma– la modalidad con que conviene prestarlo y de forma que no reste fuerza al trabajo salesiano más específico y en contacto directo con las fronteras juveniles. No pocas congregaciones religiosas muestran su temor de convertirse en extensiones de la parroquia o de las diócesis, en lugar de seguir siendo expresiones carismáticas originales.

3.6. La búsqueda de significado

271 Por doquier se impone la necesidad de hacer opciones: en cada una de nuestras obras, en las Inspectorías, en las Regiones, en la Congregación. Tales opciones corresponden al gobierno ordinario, pero también requieren momentos extraordinarios de verificación. Afectan no sólo a la colocación de las comunidades, sino también a las estructuras operativas, a las líneas de acción que se han de preferir entre las posibles, a la preparación y al empleo del personal salesiano, al contenido y a las dinámicas de la evangelización y educación.

Precisamente por esto se ha alentado a los salesianos a hacer proyectos en dos ámbitos: en la comunidad local e inspectorial y en las comunidades educativo-pastorales.

Hay una especie de sensación implícita, pero compartida, de que es preciso ir más allá de la simple lucha por la supervivencia y la gestión de las crisis. Hay que tender a proyectos que movilicen energías, distanciarse del pragmatismo pastoral y plantearse las prioridades incluso a largo plazo.

Las Inspectorías han acogido esta invitación. Se ve en sus Capítulos y en los numerosos permisos de reestructuraciones, parciales o totales, que se piden al Rector Mayor.

Esta necesidad se siente más en *las Inspectorías que han heredado un patrimonio de obras* consolidadas y eficientes. En este momento ven que disminuye su personal, pero al mismo tiempo descubren espacios y formas de presencia donde es más urgente la intervención, el mensaje debe ser más inmediato y el personal tiene que ser mejor empleado. Se hallan, pues, en la necesidad de potenciar algunos frentes, decidir reajustes, reducciones o cierres. Se topa con las dificultades de siempre: la relativa validez de toda obra, la dificultad de reciclar personal acostumbrado a un modo de trabajar, la complejidad de la capacidad profesional que hay que adquirir o transformar con vistas a nuevas intervenciones, el riesgo de las nuevas presencias y la resistencia de la gente y, a menudo, también de la Iglesia local. 272

Debemos reconocer que se ha intentado algo. Los resultados más satisfactorios corresponden a los recortes que se han hecho tras un estudio paciente y con una gradualidad no desprovista de valentía. Se prevé que el futuro requerirá nuevas opciones y las consiguientes reestructuraciones, en las que deberán comprometerse conjuntamente los Consejos inspectoriales y el Consejo General.

La misma necesidad se siente también, aunque no de forma tan dolorosa para los salesianos, donde las fundaciones aumentan y el personal es cada vez más numeroso. Existe el peligro de repetirse en presencias parecidas, de no descubrir los espacios de mayor fecundidad, de acostumbrarse a administrar en lugar de evangelizar y formar cristianos, de no aprovechar suficientemente nuestro período de abundancia vocacional para crear puntos fuertes de acción y animación que nos hagan significativos en la Iglesia, no tanto por los cargos institucionales que se ocupan cuanto por la incidencia del carisma.

En la búsqueda de mayor significado ha tenido y tendrá importancia 273

el gobierno inspectorial, en cuanto conjunto articulado de funciones y momentos que favorecen la atención y el discernimiento y crean comunión en torno a opciones debidamente motivadas. En estas funciones, el primer puesto es para el inspector y su Consejo. La corresponsabilidad pastoral de este último debe responder a las urgencias de orientación y definición que sienten las Inspectorías.

También inciden los equipos de animación que actúan a las órdenes del inspector y los centros de coordinación creados por las Conferencias Inspectoriales. Éstos ayudan a que sean más orgánicas las actuaciones, a hacer opciones de calidad y, en no pocos casos, a dar relieve a nuestra presencia en el ámbito civil y eclesial. Hay que proveer con personal adecuado, aunque evitando un exceso de frondosidad que lleve a la superposición de propuestas e iniciativas o a una parcelación innecesaria. Parece que rinden más los equipos y centros que han logrando en su interior una buena convergencia operativa en los objetivos y comunican de manera satisfactoria con las comunidades que son objeto de su servicio.

4. TESTIMONIO DE LA VIDA CONSAGRADA

4.1. Una identidad que ya está definida

En su circular «Cómo leer hoy el carisma del Fundador», don Egidio Viganò describe el camino hecho por la Congregación y los criterios que la han guiado en su adecuación al Concilio Vaticano II y a la novedad de los tiempos. Hace ver que la formulación de nuestra identidad ha tenido lugar a partir de la renovación de la mentalidad, se ha concretado en cambios comunitarios y estructurales y se ha centrado en una nueva lectura de la misión y en la puesta al día de la práctica pastoral.[1] 274

Tales dimensiones han sido profundizadas y propuestas por los Capítulos Generales y han inspirado la animación y el gobierno ordinario de la Congregación. También podemos afirmar que han tenido una difusión y una aplicación aceptables, aunque todavía insuficientes, en las comunidades inspectoriales; pero aún no llegan a muchas comunidades locales ni implican a todas las personas.

Sus causas son múltiples: los hábitos de trabajo, la lentitud de la comunicación, la falta de buena transmisión en el sucederse de las generaciones o de la responsabilidad, la incomunicación entre los sectores de animación (por ejemplo, pastoral y formación), la poca importancia dada a la renovación en determinadas áreas, la novedad misma de algunas propuestas.

Por eso decía el Rector Mayor: «Indudablemente hubo lentitudes, residuos preconciliares, miopías y temores que la frenaron; es posible que, en uno u otro aspecto, quedaran zonas obscuras que aún necesitan ser iluminadas en armonía con el conjunto. [... Sin embargo,] mirando atrás, leyendo las Constituciones renovadas y observando el desarrollo de la vida del Instituto con sus trasformaciones y su vitalidad en todos los continentes, creemos que el Espíritu Santo, con la intervención materna de María [...], nos ha iluminado y acompañado, nos ha indicado el camino real, nos ha enriquecido con un tesoro de vida, nos ha liberado

[1] Cf. ACG 352

del sufrimiento de las inseguridades y desviaciones y nos ha asegurado nuestra identidad en el pueblo de Dios».[2]

4.2. Los retos a la vida consagrada hoy

275 La reflexión antes de la IX Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos, y durante su celebración y después, hizo ver el carácter de los nuevos retos que se plantean a cualquier forma de vida consagrada y, especialmente, a la apostólica.

Tales retos se advierten en todos los contextos, particularmente donde la secularización ha calado más hondo en la vida pública y privada. No afectan tanto a la utilidad, eficacia y generosos objetivos del servicio que la vida consagrada ofrece en diversas áreas –instrucción, educación, salud, asistencia–, sino a la calidad humana y a los valores culturales que muestra, a la legibilidad de su testimonio sobre Dios y a la capacidad de comunicar el mensaje que se propone transmitir.

Lo afirma muy ampliamente el "documento de trabajo" del Sínodo. «La vida consagrada –dice– se encuentra hoy con la tarea de formular de nuevo la radicalidad de sus orígenes carismáticos. Sin embargo, purificada de las motivaciones ambiguas que en otros tiempos pudieron influir en esta opción, ofrece a las inquietudes del corazón humano la respuesta libre y generosa que realiza plenamente a las personas en su libre donación a Dios por los consejos evangélicos y en la comunión y seguimiento del Maestro, en quien halla el germen de una nueva humanidad más solidaria, más fraterna y más gozosa».[3]

La consigna es: carácter profético, credibilidad, transparencia, radicalidad evangélica, dimensión espiritual, testimonio en las formas de vida, de relación y de compromiso en un mundo poco inclinado a ver lo trascendente, que atribuye toda opción de sentido a preferencias subjetivas, que acepta los servicios pero no se siente interpelado por el mensaje religioso que contienen, y donde las diversas opciones de vida conviven en paz y tolerancia, pero también en formas de incomunicación recíproca.

[2] ACG 352, 1995, págs. 29-30
[3] *Instrumentum laboris,* núm. 21

4.3. Una mirada a nuestra vida fraterna

El XXIII Capítulo General hizo ver tal fenómeno, subrayando, por una parte, la irrelevancia social de la fe e indicando, por otra, el testimonio como único lenguaje que convence a los jóvenes. Indicó algunos signos que convenía cuidar: la unidad espiritual, fraterna y operativa de la comunidad, la proclamación del Evangelio y la acogida y servicio a los jóvenes, especialmente a los más pobres. 276

Las comunidades han crecido en *fraternidad,* en calidad de relaciones y en capacidad de entendimiento. Integran bien las diversas edades. La presencia de ancianos es ya una constante en gran parte de ellas y se la valora desde el punto de vista comunitario y apostólico. Han hecho una síntesis aceptable, según la índole propia, entre elementos espirituales y exigencias jurídicas de organización, convencidas de que la «comunidad sin mística no tiene alma, pero, sin ascesis, carece de cuerpo».[4]

La comunicación, particularmente en forma de discernimiento, de compartir y otras parecidas, resulta más frecuente. Se ha hecho un esfuerzo considerable para favorecerla en el ámbito operativo y personal; pero todavía se encuentran dificultades debidas a hábitos antiguos, a la pobreza del grupo, cuando la comunidad se reduce demasiado, o a una actitud poco dispuesta a leer –a la luz del Evangelio– situaciones, opciones y modos de hacer.

Se es mucho más sensible y abierto a la comunión amplia entre institutos de vida consagrada y se hacen aportaciones válidas en los acontecimientos y en los organismos de coordinación (CISM, CLAR, preparación del Sínodo, tareas comunes).

Los últimos años han visto también una consolidación y un funcionamiento ideal de las comunidades inspectoriales: el sentido de la misión común, la reflexión pastoral hecha conjuntamente, la frecuencia de las consultas, la coordinación de la economía, las reuniones de directores y la colaboración educativa hacen que las comunidades locales se sientan en un espacio más amplio donde se interacciona con la cultura.

Nos acecha un individualismo mucho más sutil que el que se temía

[4] *La vida fraterna en comunidad,* Congregación de Institutos de Vida Consagrada y de Sociedades de Vida Apostólica, núm. 23

antes. La vida actual lleva al uso y posesión individual de instrumentos y comodidades (vehículos, ordenadores, radio, TV, magnetófonos, internet, espacios materiales individuales cada vez más abundantes, cómodos y mejor dotados); también tiene mayores exigencias de vida privada y de gestión individual del tiempo y de los compromisos de trabajo. Todo ello puede convivir con los momentos comunitarios descritos anteriormente, pero exponen a que la comunión pierda los aspectos más profundos de nuestra vivencia.

4.4. Nuestra oración

277 También la oración ha ganado en calidad. A ello han contribuido la mayor sensibilidad litúrgica, la presencia de buenos animadores, una nueva tendencia en la Iglesia que valora la experiencia de oración en los grupos y en las grandes concentraciones, el esfuerzo de las Inspectorías para motivar a salesianos y comunidades y también la renovación y abundancia de libros donde inspirarse.

Los ejercicios espirituales se han cuidado: se ha procurado atender a las exigencias personales diversificando sus modalidades, dando mayor unidad a los temas, mejorando las celebraciones, dejando más tiempo para la reflexión e introduciendo formas adecuadas de compartir la Palabra.

Las limitaciones que se han acusado en la oración se refieren a cinco puntos:

a) La oración comunitaria siempre está expuesta al peligro de ser "atropellada y sin la calma necesaria", pobre de expresión y participación. Hay que insistir en que, en el ritmo que hoy nos impone la vida, debemos subrayar más los momentos de recogimiento e interioridad.

b) Se siente la necesidad de aprender y practicar una oración personal, sobre todo de meditación, y cuyo signo, para los sacerdotes, es la participación en la oración de la Iglesia mediante la liturgia de las horas.

c) Se subraya cierta pérdida del sentido de la Reconciliación. Su significado humano-sacramental y su incidencia pastoral los señalaba el Sínodo como uno de los rasgos del consagrado: en un mundo de diferencias, tensiones, discriminaciones y contrastes despiadados donde se pierde el sentido del pecado, el consagrado vive la reconciliación en la

vida comunitaria de cada día, la recibe como gracia en el sacramento y la difunde en su acción.

d) También en la Eucaristía tenemos que hacer camino. La Eucaristía es el centro de la vida de la comunidad consagrada. Favorece y refleja su unidad y su trabajo. No es que se haya descuidado, pero hay que ver mejor su relación con la vida espiritual de cada persona; hay que motivar y favorecer su celebración diaria, la comprensión y fidelidad a la liturgia, la inspiración eucarística de la vida.

e) Hay que recuperar la confrontación con la propia vida espiritual, que tiene su momento privilegiado en el coloquio con el superior, que comprende los diversos aspectos de la dirección espiritual.

278 A veces la falta de una experiencia, subjetivamente significativa, de implicación fraterna, de comunicación humana y espiritual y de oración produce desengaño y sentido de soledad en los salesianos, particularmente en los más jóvenes, hace difícil la maduración personal e impulsa a algunos a buscar todo eso en grupos o movimientos eclesiales. La participación ocasional en ellos no ha supuesto dificultades importantes, especialmente cuando lo que se recibe se integra en la identidad salesiana con sentido maduro de pertenencia. Con frecuencia incluso resuelve una necesidad personal. En cambio, la implicación plena, que después se refleja en la práctica pastoral, suscita inconvenientes y perplejidades.

Los criterios para despejar tales interrogantes los da el documento *La vida fraterna en comunidad.*[5] Nosotros los tenemos en el núm. 338 de Actas del Consejo General.[6] A ellos conviene referirse de forma más clara y por parte de todos.

4.5. Los consejos evangélicos

279 Son el signo característico de la vida consagrada. Según nuestras Constituciones, favorecen la donación radical a la misión juvenil y potencian la vida comunitaria. Hoy se requiere una nueva conciencia de las actitudes profundas que suponen y de su carácter profético en cuanto

[5] Cf. Ibídem, núm. 62
[6] Cf. págs. 38-43

contestación de ídolos típicos de nuestro tiempo: la carrera a la posesión y al provecho, la libertad sexual, la autonomía individual. En su unidad intrínseca quieren manifestar el amor a Cristo y la disponibilidad hacia los hermanos. Sin embargo hoy, en cuanto *signos*, para ser elocuentes necesitan inculturación.

A ambas dimensiones –espiritual y profética– de los Consejos nos invitó con fuerza el Sínodo.

280 La *obediencia* evangélica se manifiesta en el cumplimiento de la parte que se nos confía en la misión comunitaria y en la corresponsabilidad madura en el proyecto de vida y acción de la comunidad. Sus principales manifestaciones son la acogida de las orientaciones que se dan en el ámbito inspectorial y mundial y la participación cuando se busca la voluntad de Dios en Consejos, asambleas, consultas y momentos de hacer y verificar el proyecto. Sus signos más evidentes en la persona son una relación de fe con el superior y el esfuerzo de orientar la vida según las Constituciones que hemos profesado.

Por doquier se ve la disponibilidad a colaborar. La animación y el gobierno han ganado con la preparación de los directores y de los inspectores. Es, por tanto, una línea que hay que seguir, dando calidad a su contenido y a las formas prácticas de capacitar a los inspectores y directores para que acompañen espiritualmente a los hermanos, animen la vida consagrada y proyecten la misión organizando y administrando los medios disponibles.

El proyecto de vida que ofrecen las Constituciones se presenta y asume de modo satisfactorio en las etapas de la formación y se valoriza en los retiros y cursillos de formación permanente.

Contra la necesidad de un testimonio más claro puede ir la autonomía apostólica de ciertos salesianos respecto a la comunidad local, de ésta respecto a la orientación y el proyecto de la Inspectoría, y de alguna Inspectoría respecto a la comunidad mundial. La conexión y el entendimiento entre esos tres niveles es fundamental para mejorar la eficacia de una misión que ya no puede reducirse ni a cada obra en particular ni a la Inspectoría.

En algunas comunidades, particularmente si son pequeñas, la participación en las decisiones es muy ocasional e informal; en ellas tiene más fuerza la división del trabajo. Esto crea hábitos de individualismo e incomunicación, con el consiguiente peligro de falta de continuidad.

La atención a una *castidad consagrada* más madura se ve hoy estimulada por algunos fenómenos: la frecuencia de las crisis afectivas en quienes todavía se hallan en el período de formación; la gran libertad de acceso a imágenes, lecturas, espectáculos y amistades, la exculpación de las diversas manifestaciones de la sexualidad; el relieve dado en algunos contextos a los abusos y molestias sexuales, el trato cotidiano con personal femenino. 281

Todo ello pide, en primer lugar, una nueva atención al proceso de formación, donde habrá que cuidar la conveniente comprensión y la integración positiva de la dimensión afectivo-sexual en la experiencia global de la vida consagrada, dando la debida importancia a la ascesis y a la templanza. Tal proceso no debe interrumpirse en la edad adulta, donde siempre se dan nuevas situaciones existenciales. Pero también hace pensar en la necesidad de un discernimiento mucho más atento en las admisiones –primeras y siguientes– y de estudiar las tendencias del individuo. También requiere, en los formadores y en los superiores, la capacidad de captar los signos de tales tendencias, de acompañar a quien lo necesite y de mantener, frente a las nuevas sensibilidades y peligros, las precauciones a que estábamos acostumbrados.

Conocemos el sentido total y más profundo de la *pobreza,* como necesidad de Dios y de los demás para nuestra realización, como ofrecimiento de los propios talentos a la misión y como modo de compartir los bienes con los hermanos. 282

Las Inspectorías han cuidado, en general, el estilo de vida de las comunidades y la solidaridad inspectorial. Se han mostrado generosas en la solidaridad internacional y no han regateado sus bienes a nuevas obras en la propia zona y en misiones lejanas.

Entre los signos de pobreza adquiere un relieve particular la administración y el uso del dinero, que hoy, en las sociedades en que vivimos, constituye la principal forma de riqueza, como demuestran las instituciones y actividades financieras de cualquier nivel.

El rigor administrativo y la transparencia social son, cada vez más, una ley moral. En tal línea conviene caminar dentro de la Congregación y en las relaciones externas. La confianza recíproca no puede dispensar de dar cuenta ni de hacer las verificaciones necesarias por parte de los superiores, Consejos y comunidad, según las competencias que a cada uno le asignan las Constituciones. La materia es tan concreta, que no hay moti-

vo, como en cualquier sociedad bien llevada, para oponerse a intervenciones por posibles irregularidades: cuentas personales, balances trucados, empleo indiscriminado del dinero, falta de la autorización requerida.

Pero, además de la administración, está el uso y destino del dinero. En algunos contextos tenemos fama de Congregación con mucho dinero. Nos interpela la confrontación entre el aspecto de nuestra presencia y la condición de la gente, aunque teniendo presentes las exigencias típicas de una institución educativa. La abundancia de medios puede llevarnos a compartir muy poco la vida de los pobres, aunque nos pongamos a su servicio, y a no hacerlos partícipes de los procesos de promoción que les afectan. «La sensibilidad para con los pobres, el desmedido crecimiento de la pobreza en nuestro mundo y el consumismo fácil cuestionan la vida consagrada: de las respuestas llega una apremiante petición de un ejemplo de pobreza personal y colectiva más claro, de testimonio de trabajo asiduo, de desapego, de total disponibilidad y de comunión real de bienes espirituales y materiales por parte de las personas consagradas».[7] Es evidente que, además de la frugalidad y moderación, debe haber una jerarquía en el empleo del dinero: lo primero son las personas, la calidad de su formación y cultura (salesianos, colaboradores, jóvenes, pobres), y, a su servicio, estructuras suficientes y funcionales, preferiblemente modestas, siempre que sean dignas.

4.6. La espiritualidad salesiana

283 El vivir en unidad cuanto se ha dicho hasta aquí, configura la espiritualidad que corresponde a nuestra opción vocacional, y al mismo tiempo es, para los jóvenes, motivo de atracción hacia nuestra Sociedad, pues está demostrado que una de las expectativas de los candidatos es participar en una vivencia espiritual original e intensa.

Hoy existen en la Iglesia diversas corrientes espirituales. Algunas son nuevas: ofrecen propuestas, arrastran y tienen capacidad de comunicación; otras son más antiguas, están bien afirmadas y tienen una doctrina más consistente y completa, pero llegan menos a los jóvenes y adultos que buscan un compromiso; quizá les falta vitalidad. Últimamente se ha hecho un esfuerzo para presentar de forma orgánica y bien

[7] *Instrumentum laboris,* núm. 53

fundada la espiritualidad salesiana. Se han abierto caminos para hacer partícipes a los jóvenes, implicándolos temporalmente en la vida y en las iniciativas de la comunidad.

Algunos reconocen tales esfuerzos y la fidelidad religiosa de los salesianos, pero les parece que nuestra vivencia espiritual comunitaria carece de expresividad y fuerza de arrastre. La limitación no está en la *doctrina,* pues se ha comentado oficialmente la espiritualidad educativa que contiene el Sistema Preventivo, se ha presentado el pensamiento de san Francisco de Sales y la formación permanente está ilustrando tal vivencia.

Acaso debemos mejorar en la invitación del XXIII Capítulo General: hacer una animación de la comunidad y de las personas que ayude a unificar todos los aspectos en torno a la vivencia espiritual. Para ello, hay que continuar, perfeccionándola, la preparación de los directores y de los Consejos, a fin de que sean cada vez más capaces de animar la vida espiritual con la palabra, el ministerio sacerdotal y el servicio de gobierno.[8]

En síntesis, nuestras comunidades, serenas en la vida fraterna y conscientes de su identidad, tienen que atender a una transición múltiple: la educativo-pastoral, que ha llevado a hablar de nueva educación y nueva evangelización; la comunitaria, sometida a «cambios que han influido profundamente en los religiosos»;[9] la de consagración, que busca modalidades de expresión que hagan ver con eficacia la opción por Dios; la de la inserción en el contexto con su peculiaridad, cada vez menos confiada automáticamente a la mediación de las estructuras y servicios y más a un estilo de vida y a un testimonio de sentido y de valores.

Los antecedentes y el estado actual para avanzar en tal sentido son favorables e inspiran confianza. Ciertamente no nos va a faltar la asistencia de Dios, que nos ha acompañado hasta ahora; por otra parte, la apuesta merece el esfuerzo.

[8] Cf. XXIII CG, núm. 223
[9] Cf. *La vida fraterna en comunidad,* núm. 5

5. PREPARACIÓN DE LOS SALESIANOS

5.1. Una experiencia válida

284 Los objetivos y modalidades del proceso de formación están definidos en las Constituciones y los Reglamentos, y especificados con más detalle en la *Ratio*. La adecuación a las diversas situaciones corresponde a las Inspectorías y/o Conferencias Inspectoriales, que, sin embargo, deben codificarlo en el Directorio y evitar las improvisaciones, la precariedad de condiciones, los cambios frecuentes del personal y la falta de continuidad.

La consistencia y unidad de la formación son condición imprescindible para el desarrollo de la vocación en la persona y para la eficacia en el cumplimiento de la misión; pero son también un fundamento estratégico para la identidad salesiana en cualquier contexto y, por tanto, para la unidad de la Congregación.

Por ello, la descentralización se ha regulado de manera que el Rector Mayor y el Consejo General tengan, por su consejero de formación, amplia posibilidad de intervenir.[1]

El diálogo con las Inspectorías y las Conferencias Inspectoriales ha sido continuo. Sus propuestas se han tomado en consideración teniendo siempre en cuenta las exigencias de la FSDB. Nuestra experiencia y la de otros institutos sugieren que no se disminuya tal posibilidad de intervención, sino que se refuerce y haga más concreta cuando se deben remediar situaciones de insuficiencia o favorecer nuevas modalidades de colaboración.

Hoy podemos considerar compartidos en teoría y consolidados en la práctica los elementos fundamentales del proceso formativo: los contenidos, las etapas, la comunidad formadora como lugar imprescindible para la formación inicial, las modalidades metodológicas y el papel de los formadores.

En su conjunto, constituyen un sistema suficientemente experimentado de manera positiva y negativa. Donde se han cumplido, han dado a

[1] Cf. FSDB 248. 257. 284. 371. 372. 377

la primera formación solidez y continuidad, mientras que, donde faltan, se sufren las consecuencias. Así pues, no deben infravalorarse por ciertas dificultades ocasionales o por la necesidad de alguna adaptación. Las críticas radicales o los deseos de un vuelco en métodos y contenidos han de considerarse arriesgados. El camino para hacer la adecuación que parezca necesaria es perfeccionar y modificar.

También la formación permanente ha calado en la mentalidad de la mayoría de los salesianos. El XXIII Capítulo General une, en un "contínuum", el trabajo de cada persona, los tiempos extraordinarios de formación y el estilo de vida de la comunidad local e inspectorial. Todo ello forma parte ya de nuestro modo de hacer, aunque con limitaciones comprensibles, que podemos atribuir a la disposición de los hermanos, a las condiciones de las comunidades y también a la labor de animación y convencimiento que han hecho las Inspectorías y Conferencias.

5.2. Puntos que merecen una atención especial

La preparación al noviciado

Hoy la *condición de los candidatos* plantea problemas de itinerarios 285
y métodos de formación. Su edad es más alta. Sus historias personales son considerablemente diversas por antecedentes familiares, experiencias de vida, currículos de estudio, nivel de conocimiento y práctica de vida cristiana.

Además, tienen las características psicosociológicas de sus coetáneos: fraccionamiento en la mentalidad, dificultad de administrar la complejidad de experiencias a que se ve sometida su vida, indecisión frente a proyectos a largo plazo, deseo de gratificación y autorrealización, conocimiento religioso insuficiente con predominio de la subjetividad y relativización de las referencias doctrinales. A los jóvenes no les falta generosidad, deseo de vivencia religiosa ni sentido de solidaridad. En general, llegan con hábitos de iniciativa y de autonomía muy marcada.

Por ello, en algunas partes se siente la dificultad de hacer una propuesta *comunitaria* de contenidos y prácticas que satisfaga las necesidades de cada candidato. Se nota excesiva distancia entre ambos aspectos. Los sujetos se hallan en situaciones demasiado diversas, para interaccionar de forma homogénea en lo que se hace en comunidad. El

acompañamiento personalizado resulta, pues, decisivo, no sólo para remediar puntos débiles de mentalidad y vida espiritual, sino también para un discernimiento prudente y para ayudar a interiorizar adecuadamente lo que ofrece la comunidad. En la práctica salesiana, se mezcla con la dirección o animación espiritual del grupo, y ambos se refuerzan mutuamente.

En las áreas culturales donde la decisión vocacional parece manifestarse en una edad más tierna y bajo cierto influjo del ambiente religioso del país o de la familia, plantean interrogantes análogos la autenticidad de las motivaciones y las condiciones pedagógicas de la etapa preparatoria al noviciado.

Los formadores son conscientes de ello. Procuran suplirlo favoreciendo, en el ambiente comunitario, una mayor libertad y posibilidad de expresión. También procuran dosificar y ordenar las propuestas, partiendo siempre de los fundamentos de la vida cristiana y reforzando la orientación personal.

La falta de organización del *prenoviciado* o la poca claridad en sus metas y exigencias da menos fiabilidad a la admisión de los candidatos al noviciado y compromete los resultados de este período, ya de por sí *tan breve* para suplir carencias, estructurar la personalidad e iniciar en la vida consagrada.

La etapa del prenoviciado, pues, establecida entre nosotros por la FSDB[2] y ya común en casi todos los programas de formación para el sacerdocio y la vida religiosa, se ha de preparar en todas partes con objetivos, itinerarios bien definidos y personal idóneo.

La formación de los coadjutores

286 La formación religiosa y profesional de los coadjutores, con un nivel "paritario" a la preparación de los candidatos al sacerdocio, ha sido sancionada y teóricamente acogida. Las Inspectorías proveen bien, en general, al período del inmediato posnoviciado. En la mayoría de los casos se trata de comunidades para coadjutores y para candidatos al sacerdocio.

En cuanto al programa de estudios, hay diversos planteamientos: un programa común; un núcleo fundamental común y algunas materias por

[2] Cf. núms. 307-314

separado; un núcleo fundamental separado y algunas materias en común.

También el período que sigue al tirocinio tiene hoy, para los coadjutores, diversas fórmulas, que se adecuan a su número y posibilidades: un año o bienio de formación con nuevos estudios pastorales y salesianos o terminación de estudios universitarios. Sin embargo, hay que reconocer que esta última etapa aún necesita concreción en muchas Inspectorías.

La colaboración interinspectorial

287 Suscita preocupación cierta fragmentación de las comunidades formativas en contextos culturales homogéneos. Ello dificulta algunos aspectos de la formación y, sobre todo, reduce al mínimo el número de formandos y formadores, con evidente empobrecimiento de las relaciones y de las actividades formativas.

Por ello se ha visto con esperanza el retorno a colaboraciones interinspectoriales, particularmente en los *centros de estudios* para el posnoviciado y para la teología.

Dichas colaboraciones tienen asimismo un papel de integración y comunicación entre las Inspectorías de una Región, hecho que compensa el alejamiento temporal del propio ambiente.

Los centros de nivel universitario que inspiran programas y orientaciones en torno a la identidad pastoral salesiana, se están mostrando muy válidos para nosotros. Han sido posibles precisamente por la colaboración interinspectorial.

Los centros internacionales

288 Algo parecido podemos decir de las comunidades y centros internacionales. Se ha insistido mucho en los criterios para enviar a ellos a salesianos. Mientras que la formación de base para la mayoría tiene lugar en el propio contexto, se ha visto que es bueno para las Inspectorías y para la Congregación que algunos salesianos, que ofrezcan garantía, vayan a centros internacionales para los estudios teológicos y sobre todo, en número generoso, para las especializaciones después de la ordenación sacerdotal.

Entre dichos centros, la preferencia debe ser para nuestra Universidad Pontificia (UPS), que ya tiene cincuenta años de experiencia y un crecimiento y afirmación constantes. Su efecto benéfico en la Congrega-

ción es más que patente. Entre las universidades pontificias se distingue por algunas especializaciones exclusivas y por su orientación salesiana. En ella se hace y se hará en adelante un esfuerzo continuo de cualificación, ordenamiento y adecuación; pero ya hoy se presenta como un apoyo imprescindible para la reflexión científica sobre nuestra espiritualidad, sobre nuestra misión y sobre nuestra práctica pastoral. Es, por tanto, la sede indicada para formar a los formadores.

Para proveer de personal a los centros regionales se requiere la colaboración de todas las Inspectorías interesadas. Cualquier economía indebida en los equipos formadores repercute infaliblemente en los formandos. La contribución con las personas que parezcan más idóneas y en número suficiente ha de considerarse, pues, prioridad por parte de todas las Inspectorías.

Lo mismo debemos hacer con la UPS y las comunidades que, en Roma, acogen a estudiantes. Queremos dejar constancia de la generosidad de las Inspectorías a las que se les ha pedido personal. El próximo sexenio se pedirá aún más. Por ello hay que "especializar" a muchos más salesianos y ver como normal la colaboración en los centros de estudio, en las comunidades formadoras y en los servicios generales.

5.3. Las nuevas exigencias

289 La formación tiende a que las personas sean capaces de vivir hoy la vida consagrada con madurez y alegría, de cumplir la misión educadora con competencia profesional, de ser evangelizadores y pastores, y de ser, solidariamente en comunidad, animadores de numerosas fuerzas apostólicas.

Nuestra formación siempre ha procurado fortalecer espiritualmente a la persona, ofrecer cuadros de referencia culturales y religiosos y desarrollar las cualidades prácticas que necesita la misión.

Al confrontarse con tales objetivos, se ve la buena voluntad de los formadores y lo adecuado de las estructuras; pero también se aprecia la distancia que hay todavía entre nuestra formación y las exigencias actuales.

290 El Sínodo sobre la Vida Consagrada dedujo las nuevas exigencias de la formación partiendo de las condiciones en que hoy tiene lugar la vi-

vencia religiosa en general y *la vida consagrada* en particular, a partir de la renovación de la Iglesia, que ofrece un patrimonio enriquecido de reflexión, horizontes y prácticas, y desde los contextos en que se cumple la misión.

La vida consagrada se presenta como una opción personal distinta de las preferencias que hoy reinan en la sociedad. Descuellan su originalidad, su carácter profético y su capacidad de contestación. Vivirla con serenidad y en plenitud requiere, pues, el arraigo profundo de una identidad que en muchos aspectos debe ser dinámica y capaz de cualquier confrontación. También requiere una opción clara por Cristo, como fuente de realización y felicidad personal. Se desarrolla en un continuo diálogo y confrontación con las corrientes, las ofertas y los criterios del ambiente. Sin embargo, debe hacer síntesis entre la propia experiencia y las condiciones en que discurre la vida, para poder ser signo y levadura en las dinámicas sociales y culturales.

Sus exigencias se resumen en pocas palabras: opción personal, centralidad y robustez de la vida espiritual y conciencia del significado transcendente –y también cultural– del propio proyecto. Todo ello invita a un discernimiento cuidadoso, aunque lleno de confianza, en las etapas iniciales, una atención al proceso de maduración y un cultivo de la unidad de la propia vida en Cristo, dado que no pocas dificultades proceden de la pérdida total o parcial –letargo, obscurecimiento, inferioridad– del significado de la consagración.

Sin embargo, la necesidad de mejores niveles formativos la sentimos 291
también de forma urgente en el área preferida de nuestra misión: *la educación*. Debemos afrontar la cultura en que se hallan inmersos los jóvenes y los problemas que plantea a su crecimiento humano y a la fe.

Todas las legislaciones exigen hoy una capacidad adecuada y reconocida para desarrollar cualquier programa educativo. Sin ella, poco a poco quedaremos excluidos. Dicha capacidad es necesaria, no sólo para cumplir un requisito legal, sino también por la diversificación y complejidad de las intervenciones educativas, que suponen conocimientos más completos y prácticas más consolidadas.

Además, en los nuevos contextos hay que crear programas adecuados a la situación e inculturar nuestra metodología pedagógica, superando la simple transposición de contenidos y métodos ideados para otras áreas.

Nuestra significación en el campo educativo depende de la calidad. Es cierto que en algunas zonas debemos responder a una demanda urgente de educación y que, por tanto, conviene multiplicar los programas aunque sólo sea con objetivos modestos; pero también en ese caso y con tales perspectivas una mejor preparación teórica y práctica favorecerá la creatividad y mejorará los resultados.

La inculturación y la calidad comprometen a las comunidades educativas locales –cuyos animadores son los salesianos–, a los organismos de gobierno y animación inspectoriales y, también, a los centros de reflexión y estudio. Así pues, el aumento de capacidad resulta imprescindible en todos los frentes.

292 A los retos que nos llegan del campo de la educación debemos añadir hoy los desafíos del *área más estrictamente pastoral.* La condición en que los creyentes deben vivir su fe está descrita de forma suficiente en muchos documentos. La respuesta global a tal situación se define como Nueva Evangelización. Con ella se modifica también la atención pastoral de la comunidad cristiana. Debemos ayudar a cada fiel a resolver los problemas éticos y de sentido con que se encuentra. Lo cual supone en nosotros el conocimiento de las corrientes culturales, la superación (que no la ignorancia) de la ruptura entre Evangelio y Cultura y la capacidad de iluminación y crítica; se requiere, por tanto, un dominio mayor de las materias pastorales y un cumplimiento más profesional de las tareas ministeriales. Se siente su necesidad en la animación de grandes comunidades, en el acompañamiento de grupos y en la orientación de las personas. Resulta urgente para los adultos, y mucho más para los jóvenes, sobre todo en el período en que definen su identidad, se encaminan hacia el ejercicio de una profesión y plasman su código ético. Hoy esta clase de jóvenes son una parte considerable de nuestros destinatarios.

En el mundo tradicionalmente cristiano y en las misiones corremos peligro de que nuestro anuncio no brote de una meditación suficientemente profunda del misterio cristiano y que no responda a las demandas más íntimas.

Añadamos las nuevas dimensiones de la pastoral que eran terreno de elites intelectuales o cumbres de gobierno y hoy son puntos de atención para todos: el ecumenismo, el diálogo interreligioso y con los no creyentes, el uso de la comunicación social –que es un púlpito al alcance

de la mayoría– y la participación en el debate público sobre múltiples cuestiones.

Todo ello requiere una sólida formación cultural y profesional además de la espiritual. Con razón, pues, en el Sínodo hubo quien recomendó que los consagrados buscaran métodos de anuncio del Evangelio adecuados a las exigencias de las diversas profesiones: en la política, en la industria, en la comunicación social, en la educación en el ambiente... Y puso en guardia contra un menor esfuerzo en el estudio, que podría tener lamentables consecuencias para el apostolado, suscitando un sentido de marginación e inferioridad o llevando a acometer iniciativas sin una comprensión exacta de lo que está en juego.

Las nuevas exigencias de formación proceden también del papel 293
que corresponde a los salesianos en el nuevo modelo operativo que ya existe y en el que insistirá este Capítulo General: el de *animadores,* orientadores y formadores de adultos corresponsables en la educación. Se prevé, pues, para todos un aumento de responsabilidad. También se puede prever que la incidencia de esta labor de animación va a depender en buena parte de la formación espiritual, de la visión cultural y de la preparación profesional de los salesianos, que no sólo deberán poseer un mayor conocimiento teórico y práctico de los problemas juveniles y de la educación, sino también desarrollar la capacidad de interaccionar con los adultos, sin limitarse a la simple amistad, sobre problemas de vida y de fe y de proponer, con competencia y en diálogo, metas e itinerarios educativos. Todo ello va a requerir igualmente un conocimiento mayor y más meditado del espíritu salesiano y del Sistema Preventivo.

El XXIII Capítulo General confió esa puesta al día de los salesianos a las Inspectorías, que han procurado hacerlo, podemos decir que con buenos resultados. También se ha hecho el esfuerzo de llevar las mismas exigencias a las estructuras de la formación, asegurando en muchas de ellas la preparación pedagógica y los estudios pastorales, aunque todavía se requiera en algunas una confrontación más adecuada entre teoría y práctica con un mejor acompañamiento de las prácticas pastorales.

En síntesis, la verificación nos lleva a concluir que hemos hecho un 294
buen camino de *regularización* de la formación y también de refuerzo de la salesianidad, de la formación religiosa y de la preparación pedagógica

de base; pero también debemos afirmar que el estado de nuestros medios, el alcance de nuestros compromisos y el crecimiento del mundo nos piden en todas partes un paso adelante en la preparación cultural y en la robustez espiritual de los salesianos y de las comunidades.

La perspectiva es, por tanto, consolidar el proceso y centrar mejor el contenido de la formación permanente, concederse un período extraordinario para recualificar al personal, particularmente al *dirigente*, orientar hacia especializaciones al mayor número posible de salesianos y mejorar la formación inicial aprovechando la experiencia adquirida.

6. RETOS Y MOTIVOS DE ESPERANZA

De las páginas anteriores se deducen algunas **constantes** que debemos tener en cuenta para el futuro. Intento señalarlas en forma de retos y motivos de esperanza.

6.1. Retos

6.1.1. La espiritualidad

El reto de la espiritualidad nos llega de diversos frentes. Es el 295
aspecto que caracteriza la vida consagrada. Es, por tanto, el principal testimonio y servicio que ella puede ofrecer al mundo de hoy. Resulta particularmente urgente para la vida consagrada de tipo activo, expuesta al desgaste de la multiplicidad de tareas y al peligro de falta de significado de los "servicios" en los que se expresa la misión.

La Iglesia, y más en general las religiones, hoy se presentan como lugares de vivencias espirituales. En algunos aspectos convergen (por ejemplo, la oración, la tolerancia, la paz); en otros se oponen. A los religiosos se los considera interlocutores privilegiados para el diálogo interreligioso precisamente porque lo pueden hacer desde su vivencia, además de formular conceptualmente las verdades en que se inspiran.

Por otra parte, en la comunidad eclesial han aparecido diversas formas de espiritualidad que subrayan aspectos hoy particularmente sentidos: la contemplación, la presencia en lo social, una nueva comprensión del contenido de la fe, la comunidad. Atraen por su inmediatez, radicalidad y capacidad de comunicación. También para los jóvenes candidatos a la vida consagrada tiene una importancia singular la vivencia espiritual del Fundador y la que hoy ofrecen las comunidades que hacen referencia a ella. Lo evidencian las actuales tendencias de la pastoral vocacional.

Entre nosotros, la petición de mayor atención a la espiritualidad no es nueva. La propuso con frecuencia don Egidio Viganò refiriéndose a la interioridad apostólica y a la gracia de unidad, que lleva a vivir todo a la

luz de la peculiar alianza con Dios: la misión, los signos del seguimiento de Cristo, la vida comunitaria. La presentó como objetivo del sexenio: «De ahí la necesidad imperiosa de que la comunidad armonice vitalmente, entre sí, metodología y espiritualidad, que son como el cuerpo y el alma de la labor pedagógico-pastoral».[1]

Hemos hecho el esfuerzo de escribir de nuevo, con y para los jóvenes, los fundamentos de dicha espiritualidad, procurando hacer memoria, interpretando las demandas actuales y recogiendo los fragmentos de la vivencia espiritual de nuestros días. También hemos visto sus raíces en san Francisco de Sales. Hoy no podemos alegar que faltan *textos.*

La reflexión sobre nuestro carisma ha revelado la compenetración que hay entre cumplimiento de la misión y desarrollo espiritual. Pero hay que ser consciente de ello y elaborar una pedagogía personal y comunitaria para avanzar en este peculiar estilo de santidad, superando los peligros de la superficialidad, del activismo y de la rutina.

A esto quiere responder la formación permanente en la comunidad local e inspectorial. En su recepción estamos a medio camino; por tanto, es una tarea que debemos seguir en el futuro.

6.1.2. La consistencia, el estilo y el proyecto de vida de las comunidades locales

296 Cuando se habla de la comunidad, ambiente natural y estratégico de la formación permanente, aflora muchas veces una problemática, que se resume en la expresión: "inconsistencia numérica y cualitativa". Se constata que en la fisonomía de la comunidad religiosa ha influido un conjunto de cambios y tendencias; es distinto su ritmo interno y han variado las relaciones entre comunidad religiosa y comunidad educativo-pastoral. «Resulta muy difícil encontrar en la práctica cotidiana el equilibrio entre comunidad y compromiso apostólico. Si es peligroso oponer los dos aspectos, también es difícil armonizarlos».[2]

No es fácil para la comunidad, si no se hacen opciones, «tomarse el tiempo necesario para cuidar la calidad de su vida»[3] y asegurar un ritmo

[1] XXIII CG, núm. 351

[2] *La vida fraterna en comunidad,* núm. 59, Congregación de Institutos de Vida Consagrada y de Sociedades de Vida Apostólica

[3] Ibídem, núm. 13

de convivencia suficiente para alimentar y manifestar en la comunión los valores que están en su base.

Ser *núcleo animador,* garantizar la orientación del proyecto en obras muchas veces exigentes incluso en el aspecto profesional y administrativo, animar a los colaboradores seglares, cada vez más numerosos, y mantener una relación salesiana con los jóvenes, son tareas que requieren fuerzas numéricamente suficientes y capacidad profesional.

Ciertamente se puede pensar en nuevos modos de presencia y colaboración; pero hay que reconocer que «cuanto más dispersa y pragmática sea una comunidad local, tanto menor será el lugar privilegiado de la formación permanente y más incapaz de una pastoral auténtica».[4] Si la comunidad se debilita como sujeto pastoral, pierde eficacia, crece en los salesianos el sentido de insuficiencia, aumentan la dispersión y fragmentación, y llega más fácilmente el cansancio.

Las indicaciones que se dan para perfeccionar los proyectos, dar calidad a las intervenciones e implicar a los colaboradores, deben medirse con las posibilidades reales de la comunidad. El tema de las comunidades locales se mezcla, pues, con el relativo al significado, a la expansión y al reajuste de los proyectos inspectoriales.

No hay que replegarse sobre la comunidad, pero tampoco podemos aceptar como normales la falta de consistencia y sus efectos. Es un equilibrio que debemos buscar constantemente al servicio de los valores vocacionales fundamentales.

6.1.3. La fuerza profética de nuestra presencia

La misión tiene una dimensión profética. Es más mensaje y signo 297
que solución de problemas educativos o sociales que hoy han tomado proporciones incontrolables. La evangelización procede por signos, es decir, por acciones que producen efectos reales, pero al mismo tiempo ofrecen, a quien los contempla, nuevas perspectivas de existencia. El anuncio evangélico no llega directamente a cada persona ni cubre materialmente todos los espacios y actividades donde el hombre realiza su vida. Se sitúa como levadura, como luz, como ciudad puesta en la cumbre de una montaña.

Todas las presencias pastorales y educativas tienen cierta validez;

[4] *Informe del Rector Mayor al XXIII Capítulo General,* núm. 272

pero no todas "provocan", no todas interpelan con la misma intensidad y claridad.

El XXIII Capítulo General confió a las Inspectorías la tarea de revisar cada obra y actividad según este criterio, para adecuarlas a las condiciones socioculturales, eclesiales y juveniles, para aprovechar las nuevas posibilidades educativas y pastorales, para hacerlas proporcionadas a la situación del personal, que ve potenciado el papel del salesiano y cuenta con la colaboración seglar. Recogía así algunas recomendaciones dadas por los Capítulos anteriores con palabras de alcance parecido: reajuste, nueva presencia, revisión, nueva colocación.

Reconocemos las dificultades que encuentran estas operaciones y, al mismo tiempo, el esfuerzo hecho por las Inspectorías, que han tenido resultados aceptables en la medida que han aplicado con decisión las orientaciones de los Capítulos Generales y han preparado a los salesianos para valorar las nuevas iniciativas y modos de actuar en obras antiguas.

Mirando el panorama de la Congregación, se descubre un volumen nada indiferente de cambios y adaptaciones en el ámbito local, inspectorial, regional y mundial. Todo ello, sin que falten aperturas y proyectos, a pesar de la escasez de los medios disponibles.

298 Están, pues, suficientemente probados los *criterios* en que podemos inspirarnos para continuar la búsqueda de significado.

El primer criterio se refiere a *la persona del salesiano*. El volumen y las modalidades del trabajo deben permitir una formación completa de los salesianos en la etapa inicial y permanente. El empleo pastoral de sus cualidades debe tender a aprovechar lo mejor posible su capacidad de educar en la fe y de animar a las comunidades educativas. Su vida espiritual requiere tiempo y atención. Hay que prevenir cansancios prematuros y caídas de tensión, confiando tareas proporcionadas donde se pueda trabajar en profundidad y no haya que limitarse a una evangelización superficial.

El segundo criterio se refiere a *la comunidad:* su existencia, su vivencia humana y religiosa, su creatividad apostólica. Las Constituciones asignan al testimonio de su vida una incidencia vocacional decisiva. El XXIII Capítulo General sugiere algunos valores de los que depende su impacto: la unidad que resulta de las relaciones fraternas, la opción radical por Cristo –de la que hay que dar testimonio en la vida

de cada día– y la acogida solícita de quien busca en ella apoyo y ayuda.[5]

El significado requiere que la misión se confíe a una comunidad corresponsable, dotada, por consiguiente, de un guía capaz de animar la vida espiritual y la acción pastoral. Disponer de personal directivo, convenientemente preparado, es, por tanto, una condición que hay que tener en cuenta en el desarrollo de las obras, sin perder de vista el espíritu emprendedor y la audacia que siempre ha caracterizado a la acción salesiana.

Viene después, como consecuencia, el tercer criterio: *la calidad pastoral*. A ella hay que tender cuando se hace el proyecto, y al verificar, después, su marcha.

Fue la preocupación central del XXIII Capítulo General: «El camino de fe de los jóvenes requiere que la comunidad se inserte en el contexto y en el mundo juvenil con una nueva calidad pastoral».[6] A ella tienden sus seis disposiciones capitulares, así como sus orientaciones operativas para los diversos tipos de presencia, es decir, los ambientes de amplia acogida, las obras de educación sistemática, los grupos y las grandes concentraciones juveniles y las comunidades para jóvenes que se hallan en dificultad.

Un elemento decisivo para la calidad pastoral es la elección de los destinatarios y ambientes donde se establecen las comunidades, ya que la pastoral actúa por medio de "signos", y son muchos los fenómenos que en nuestras sociedades llaman a demostrar el amor en la entrega "a los últimos".

El cuarto criterio de significado es el propósito y la capacidad de *agrupar a otras fuerzas,* para las que la comunidad religiosa puede ser centro de comunión y participación. Se es significativo cuando la persona que desea comprometerse halla en nuestra comunidad referencia, apoyo y acogida.

Vienen a propósito dos indicaciones del XXIII Capítulo General: la que pide que los salesianos se preparen para la animación,[7] y la que habla de las diversas realidades que debemos animar, cada una con sus propias posibilidades de formación, implicación y corresponsabilidad: la

[5] XXIII CG, núm. 219
[6] XXIII CG, núm. 225
[7] Cf. XXIII CG, núm. 223

comunidad educativa, la Familia Salesiana y el Movimiento Salesiano.

Por último, criterio de significado es también la relación, inserción e impacto de nuestra presencia en la *zona*. Algunas comunidades se han hecho punto de referencia para iniciativas de carácter social, cultural y religioso. De ellas parten mensajes. La gente sabe que puede acudir y confiar en ellas para una aclaración, para una iniciativa común, para crear una mentalidad, para moderar tendencias o hacer circular mensajes. La comunidad –afirma también el XXIII Capítulo General– «debe adquirir [...] la capacidad de dialogar con la realidad circundante y con las instituciones sociales y educativas del barrio y de la ciudad; la capacidad de irradiar su pasión educadora [...], de actuar en interacción continua con la realidad [...] en la que está integrada vitalmente».[8]

6.1.4. Nuestra capacidad de propuesta vocacional

299 El *problema* vocacional se siente por doquier. Está claro que necesita nueva atención.

Don Bosco pensó directamente en las vocaciones: para la Iglesia, cuando aún no había fundado la Congregación; para ambas, con igual generosidad, después de fundar a los Salesianos. No vio las vocaciones como una consecuencia *natural* de su obra de educación y de caridad, como si de ella debieran brotar espontáneamente; pensó en iniciativas, actuaciones y obras para suscitarlas.

Un elemento que caracteriza su paternidad espiritual es la voluntad de hacer partícipes de su vivencia a los jóvenes en que descubría aptitudes, y prepararlos para su consagración al Señor.

La orientación decididamente cristiana de la educación y la capacidad de llamar por medio del ambiente y de la palabra personalizada fueron la fortuna vocacional de la Congregación y el secreto del rápido crecimiento de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora.

Hoy ha cambiado la condición de los jóvenes (número y formación cristiana), igual que han cambiado los contextos (familiares, sociales), la orientación de los ambientes educativos y los criterios de la pastoral vocacional. Sin embargo, no son pocos los jóvenes dispuestos a asumir formas de una vida de compromiso, que se implican en movimientos e iniciativas de Iglesia por la contemplación, en busca de sentido y por

[8] XXIII CG, núm. 226

amor al prójimo. Algunos se sienten atraídos por la misión salesiana e incluso la prueban como animadores, colaboradores, voluntarios.

Los gérmenes que descubrimos en ellos, la situación que viven, las expectativas que manifiestan respecto a una vida consagrada y el camino de maduración que piden para realizarla genuinamente interpelan nuestra capacidad de poner los cimientos de una vida cristiana sólida y nuestra atención a cultivar sus aptitudes, a ofrecer experiencias significativas de fe (oración, apostolado, comunidad), a acompañarlos espiritualmente para que maduren en Cristo y a invitarlos a seguir al Señor de una manera radical. La edad de la decisión vocacional se retrasa. Por lo tanto, la propuesta y el acompañamiento deben ser más consistentes que antes.

Las vocaciones son un signo de la calidad e incidencia de nuestra educación; pero son también condición para que siga vivo el carisma al servicio de los jóvenes.

Algunas Inspectorías, tras años de infecundidad y después de replantear algunos aspectos de su pastoral juvenil y del trabajo comunitario, han recuperado la capacidad de propuesta.

Semejante replanteamiento y trabajo hoy resultan prioritarios para todas las comunidades locales e inspectoriales, sobre todo en las áreas donde las dificultades son mayores.

6.1.5. La inculturación

La necesidad de inculturación aparece con frecuencia: cuando 300
reflexionamos sobre la renovación de la misión, cuando miramos la "geografía" de la Congregación y cuando pensamos en el modo de vivir hoy la vida consagrada como salesianos. Interesa no sólo a los frentes misioneros, sino también a los países tradicionalmente cristianos, donde hoy se difunden mentalidades y formas de vida que necesitan ser evangelizadas.

En el ámbito de la misión, la Nueva Evangelización requiere capacidad de leer y valorar hechos y tendencias culturales, preparación para anunciar el Evangelio en ellos y valentía para contestar lo que no responde a la vocación del hombre tal como nos la presenta Cristo.

El Sínodo sobre la Vida Consagrada subraya, como urgencia del momento actual y reto para el futuro, la tarea que deben hacer los religiosos de manifestar la primacía de Dios y el seguimiento de Cristo de forma adecuada a las diversas culturas. Y ello, con miras a la vida consa-

grada, a la validez del testimonio evangélico que debe ofrecer al mundo y al testimonio de cada religioso. En efecto, la inculturación influye en la vitalidad de los institutos, en la perseverancia de sus miembros y en la incidencia vocacional.

La realidad de nuestra Congregación es más universal y multicultural: por el origen de sus miembros, por los contextos en que arraiga, por los proyectos que tienden a expresar su originalidad pastoral y su estilo peculiar de vida religiosa. Nos reta, pues, a profundizar, en la reflexión y en la vida, lo que afirman las Constituciones: «El carisma del Fundador es principio de unidad de la Congregación y, por su fecundidad, está en la raíz de los diversos modos de vivir la única vocación salesiana».[9]

La inculturación, pues, se presenta como uno de los grandes temas de futuro: tarea de todos, que se ha de realizar en comunidad (porque es en la vida donde se concreta); tarea permanente (pues se trata de una confrontación constante con la cultura); tarea necesaria (aunque delicada y compleja) en cuanto que afecta a las raíces de la vocación y a los principios fundamentales de nuestra misión educativo-pastoral.

Es importante explicitar los criterios y las corresponsabilidades en esta tarea. Por la ley de la encarnación, el punto de partida para la inculturación es una expresión de la vida y misión salesiana, ya plasmada, meditada y vivida, y no una simple teoría o doctrina. También se necesita una comprensión adecuada de la cultura, para distinguir en ella el valor de las aspiraciones, tendencias y concreciones en que se expresa, y discernir lo que está abierto al Evangelio y responde a la vocación salesiana, lo que de todo ello puede ser asumido, sanado, fermentado y perfeccionado, y lo que, en cambio, requiere contestación profética.

La inculturación tiene como sujeto a la comunidad con todos sus componentes y momentos de reflexión y orientación. Supone un intercambio continuo entre los encargados de dirigir el discernimiento carismático. Es, pues, de prever que en ello van a tener que comprometerse los organismos inspectoriales y regionales de animación en diálogo constante y estrecho con el Rector Mayor y su Consejo.

[9] Const. 100

6.1.6. Orientar el desarrollo

A lo largo de este Informe hemos subrayado los muchos aspectos de una evolución en curso. Se trata de un cambio complejo que requiere orientación y oportunidad en las decisiones. Hoy se practican en todos los campos las reestructuraciones, el reciclaje de capacidades, los cortes de actividad, la adopción de nuevos sistemas de trabajo, las nuevas inversiones. Todo ello lo aplicamos sólo análogamente a la vivencia religiosa y a la acción pastoral, pues sabemos que su vitalidad reside en otra parte. Sin embargo, nos recuerda nuestra condición histórica: Hay aptitudes que siguen siendo válidas y otras que ya no rinden, lugares donde hoy se concentran los recursos y otros que se abandonan, formas de acción eficaces y modos ya superados. Una adecuación progresiva la hacemos con el esfuerzo diario de responder a los llamamientos y a las situaciones. 301

Las orientaciones y operaciones que van más allá de la gestión ordinaria requieren, en quien gobierna, una atención capaz de discernimiento y riesgo.

Nuestro gobierno se rige por el criterio de la animación, que es motivar, hacer participar a los salesianos y a los organismos según los diversos niveles comunitarios, preparar a los agentes y acompañar las experiencias. Lo cual no significa diferir las decisiones dolorosas o frenar su realización.

La articulación de nuestros niveles de gobierno no deja que desear: directores y Consejos locales con la participación de las comunidades, inspectores y Consejos inspectoriales con la posibilidad ilimitada de consultar a la Inspectoría, Rector Mayor y Consejo General con responsables de Región y de sector. Entre tales articulaciones rigen los principios de subsidiariedad, pero también de jerarquía. La Inspectoría orienta y oportunamente decide acerca de las obras y comunidades locales; lo mismo hace el Rector Mayor y el Consejo General respecto a las Inspectorías, obras y cada salesiano.[10]

La corresponsabilidad tiende a subrayar, más que la división de incumbencias, la convergencia para afrontar y resolver los problemas fundamentales. La descentralización supone reparto de competencias por niveles, pero también intervención eficaz en las situaciones más difíciles.

Los procesos se estancan cuando el gobierno –de ámbito local,

[10] Cf. Const. 127

inspectorial o mundial– no actúa a su debido tiempo por la vía conveniente según la naturaleza del problema. Por lo demás, no basta la voluntad de decidir; hay que proceder con sentido carismático, dejándose guiar por el Espíritu y buscando con paciencia las líneas de solución en una situación de cuya complejidad no caben dudas. Las decisiones no pueden limitarse a medidas ocasionales, sin conexión recíproca y referencia a finalidades explícitas hacia las que orientarse.

Resultan urgentes en todos los niveles una política para preparar a las personas, el proyecto de desarrollo pastoral y la calidad de la vida espiritual y comunitaria.

6.2. Motivos de esperanza

6.2.1. La actualidad de la misión

302 Las solicitudes de nuevas fundaciones por parte eclesial y civil se acumulan. No sólo llegan de las naciones que solemos llamar pobres, sino también de los países desarrollados. En las primeras se nos piden servicios pastorales y de promoción básica; en los segundos se nos invita a intervenir donde la problemática juvenil se siente más trágicamente o donde las nuevas tendencias de los jóvenes requieren orientación y realización. Nuestro personal numéricamente siempre está por debajo de lo que requieren las solicitudes.

Las razones de dichas *solicitudes* se hallan en las dimensiones y nuevas formas que va tomando la demanda de educación, para la que resultan insuficientes las instituciones y las ofertas educativas en que se confiaba antes; pero también se encuentran en la estima general por el patrimonio pedagógico del que se nos considera portadores.

De este patrimonio, particularmente con ocasión del centenario de la muerte de san Juan Bosco, se han profundizado las riquezas y se ha difundido su conocimiento en los ambientes civiles y eclesiales. También se ha procurado acomodarlo a las exigencias actuales mediante la práctica cotidiana y el estudio científico.

No sólo se nos reconoce esa herencia; se aprecia, además, en concreto nuestra competencia en las diversas áreas de la educación: iniciación en el trabajo, animación del tiempo libre, actuación en la escuela, marginación, asociacionismo juvenil, etc.

En dichas solicitudes vemos una invitación de la sociedad y de la Iglesia a explotar todos los recursos individuales y comunitarios de nuestro carisma y a pensar en nuevas posibilidades de acción.

6.2.2. La unidad de la Congregación

La Congregación ha vivido el período de renovación sin rupturas, 303
laceraciones graves ni polarizaciones paralizantes. Las tensiones han estimulado la puesta al día y la moderación; no han sido fermentos de división. Hoy se percibe por doquier un sentido entusiasta de pertenencia y de serena unidad, junto con una decidida voluntad de mantenerla y de vivir en comunión y caminar codo a codo.

Es un don que debemos agradecer a Dios, pero también cultivar. Hay un conjunto de elementos que han favorecido y reforzado la unidad: la adhesión afectuosa al Fundador, inculcada desde los primeros años de la formación, que permanece, e incluso aumenta, cuando lo miramos con criterios históricos más estrictos; la profundización del espíritu salesiano mediante el estudio de las Constituciones, la vida comunitaria, la práctica pastoral bien planteada, el sistema de formación orientado por la *Ratio;* el conocimiento de la Congregación en su historia y en su realidad actual; la comunión con el Rector Mayor y con el Consejo General; la labor de animación de los inspectores y directores, que –dice el artículo 122 de las Constituciones– «participan de la misma y única autoridad, y la ejercen en comunión con el Rector Mayor para bien de toda la Sociedad. De esta forma, mientras promueven el bien de cada comunidad, velan con solicitud por la unidad, el incremento y el perfeccionamiento de toda la Congregación». Añadamos la comunicación interna, que, perfeccionada en este sexenio, facilita la transmisión de directrices e informaciones.

Tal unidad es, al mismo tiempo, espiritual, operativa y fraterna. Se manifiesta en la acogida de las orientaciones, en la solidaridad respecto al personal y a los recursos económicos y en la estima e interés por cuanto hacen los salesianos en las diversas partes del mundo. Cada uno de dichos elementos la refuerza; basta descuidar uno solo para que la unidad resulte más difícil, menos completa, menos fecunda y menos sentida.

Hoy esta gracia puede afrontar nuevas pruebas, como son la afirmación simplista de la peculiaridad cultural, el regionalismo, las oposi-

ciones gratuitas, el cerrarse en el propio ámbito de trabajo sin pensar en la Iglesia, en el mundo, en las necesidades generales de la Congregación. A veces se trata de cosas válidas, pero deben mantenerse dentro de límites razonables y funcionar positivamente con una identidad sólida, un sentido de pertenencia cordial y el conocimiento de la realidad de la Congregación; en cambio, resultan nocivas si obedecen a sentimientos poco controlados.

6.2.3. La fidelidad y la entrega cotidiana al trabajo

304 La Congregación, en su inmensa mayoría, trabaja en obras consolidadas anteriormente, que nosotros debemos mantener actualizadas y eficientes. Tales presencias, comunidades y obras constituyen el núcleo duro de donde se originan las fuerzas humanas y los recursos económicos para las nuevas fronteras hacia las que caminamos. A éstas, las primeras les sirven de respaldo imprescindible y les procuran experiencia de vida espiritual y comunitaria.

Este vasto ámbito es sostenido y animado por un trabajo diligente, concienzudo y diversificado de muchos hermanos. Tal trama de responsabilidades, llevadas adelante con amor y solidaridad, constituye nuestra mayor fuerza, aunque muchas veces permanezca en la sombra. En ella convergen capacidades y cualificaciones, se valoran energías parciales por modestas que sean y se suman las riquezas humanas y las aportaciones de trabajo de los ancianos y enfermos.

Y resulta mucho más válido porque no afecta sólo al trabajo que hay que hacer, sino que inspira una respuesta total a la vocación salesiana. También para la vida y la espiritualidad de la Congregación, la vivencia *cotidiana,* fiel y activa de la inmensa mayoría de los salesianos constituye la garantía más sólida de lo que hemos hecho y la condición para acometer con confianza nuevas empresas.

Que tal realidad es consistente, a pesar de las limitaciones humanas, se deduce del conjunto de los informes presentados por los inspectores a sus Capítulos, donde aparece el estado de cada Inspectoría. También se ve en los informes de las visitas extraordinarias examinadas en el Consejo General.

6.2.4. Las experiencias fecundas

Me refiero a los muchos experimentos que se han hecho, y que ya 305
están más o menos consolidados, siguiendo las orientaciones de los últimos Capítulos Generales, en la vida comunitaria y en el campo pastoral. Es cierto que no todas las comunidades ni todos los salesianos están en condiciones de asumirlos personalmente; pero, donde han sido acogidos y sostenidos por la corresponsabilidad general, han activado procesos y puesto en movimiento energías de cambio. Dan idea de las posibles modalidades de vida comunitaria y de las actuaciones que se han de difundir y generalizar.

Ejemplos de ello son, en el ámbito comunitario, la renovación de la oración en cuanto a participación, contenido y formas, y los procesos de comunicación, discernimiento, formación permanente y preparación de proyectos.

En el ámbito pastoral hay que señalar la consolidación de la comunidad educativa y el papel animador de los salesianos, la renovación de la mentalidad pedagógica, los esfuerzos para proponer la fe en los diversos niveles desde la primera evangelización, la tarea de acompañar a los jóvenes en un camino espiritual, la formación de los jóvenes mayores, la presencia en la marginación con capacidad de suscitar muy diversas colaboraciones y de hacerse presente en la zona, cierta propuesta vocacional basada en el itinerario de fe, la experiencia de vida en una comunidad salesiana ofrecida a los jóvenes, la mayor atención a los adolescentes más crecidos.

En el ámbito espiritual citamos la profundización de la experiencia de Dios, un renovado deseo de conocer a fondo y expresar nuestra espiritualidad, la preparación para la dirección espiritual, las numerosas ofertas de *tiempos* y *lugares* del espíritu para jóvenes.

Son únicamente *semillas.*

Pero nos dan la medida de lo que podrán rendir si se hacen práctica de todos.

6.2.5. La generosidad misionera

La expansión por nuevos frentes geográficos no se ha detenido. La 306
escasez y el envejecimiento del personal en zonas tradicionalmente fecundas no han bloqueado su ir a las misiones. El Señor hace sentir la vo-

cación misionera en el corazón de muchos salesianos. Las Inspectorías se muestran generosas en favorecerla. Sostienen, además, con su propia organización y con sus medios, misiones situadas en lugares lejanos. Se siente el efecto de las iniciativas misioneras en la vida comunitaria y en la maduración de los jóvenes cuando tales iniciativas son oportunidad pedagógica para comunicar valores humanos y hacer con los jóvenes un camino de fe. También en esto las Inspectorías están demostrando inteligencia y cada vez mayor experiencia, estimuladas por el Rector Mayor y por su Consejo mediante oportunas directrices y materiales.

La dimensión misionera es un rasgo de nuestra espiritualidad: todos nos sentimos "misioneros" en nuestro trabajo, especialmente de los jóvenes, y unidos a quienes se prodigan en la misión "ad gentes". Y procuramos establecer entre unos y otros continuidad de intereses y de estilo.

Consolidado el "Proyecto África", aparecen otros posibles frentes, donde la puesta en marcha de la Congregación suscitará nuevas fuerzas para el propio lugar y para otras regiones, como está ocurriendo con América Latina y Asia.

6.2.6. La consolidación y el crecimiento de la Familia Salesiana

307 La Familia Salesiana se ha consolidado y ha crecido de forma gradual e ininterrumpida. Tal crecimiento es una prueba de la fecundidad inagotable del carisma. Corresponde a los esfuerzos hechos; también evidencia sus límites. La Familia Salesiana es hoy una realidad prometedora. Nos da una idea de lo que se podría obtener si la implicación de los salesianos en su animación fuera mayor y de más calidad.

Se ha aclarado la identidad de los diversos grupos. Cada uno de ellos ha tenido algún período de reflexión y verificación en el ámbito mundial, y ya cuenta con cargos y organismos regionales de animación.

La pertenencia se ha hecho más exigente. Se va proponiendo con más convicción y conocimiento una espiritualidad original y un camino para vivirla.

Aumentan los miembros y sus compromisos apostólicos. Los asistentes van mejorando de calidad. Ciertamente no faltan dificultades. La comunicación debe crecer más. La colaboración debe tomar cuerpo y manifestarse más, no sólo en las obras, sino especialmente en el ámbito de la zona y, más en general, en la incidencia sobre la cultura. De alguna

asociación se deben descubrir todavía los campos de acción posibles y consolidar iniciativas sólo bosquejadas.

Está claro que cada uno es sujeto autónomo de su propia vida y misión, y, todos juntos, sujetos corresponsables de la comunión, misión y espiritualidad salesiana bajo la guía del Rector Mayor. La prueba general revela posibilidades alentadoras, tanto más ahora que el Sínodo sobre la Vida Consagrada ha estimulado la comunicación espiritual y pastoral entre religiosos y seglares, y las "familias" comienzan a florecer en torno a las Órdenes y Congregaciones.

Nuestra Familia, tras años de reflexión y sucesivos borradores, se ha dado un documento sobre la *Identidad de su comunión* que cuenta con el consenso de los diversos grupos. Su profundización ayudará ciertamente a madurar nuestra mentalidad y a trabajar con más aliento en la animación y formación de los grupos. Este XXIV Capítulo General, por su parte, ofrecerá elementos para las metas que vislumbramos.

* * *

Este Informe ha sido intencionadamente sobrio. Al principio ha tra- 308
tado de evidenciar las luces y sombras de este objeto de nuestro amor que es la Congregación, con objeto de estimularnos a pensar en su futuro con realismo y esperanza. Había razones para el entusiasmo. Y también, si se quiere, para la alarma.

Entre este Informe y el que suele hacer el Rector Mayor al clausurar el Capítulo General está vuestra reflexión, que, contando con una experiencia directa y múltiple de la realidad, podrá determinar aún mejor los aspectos positivos y los peligros que nos acechan.

La impresión que ha dejado en mí el esfuerzo de evaluar el estado de la Congregación a conciencia y con amor, aunque con las limitaciones que impone la complejidad de su realidad, a la que en parte es imposible llegar, puede resumirse en pocas imágenes.

* Ante la mirada humana, la Congregación aparece sólida en su organización, con un brioso espíritu emprendedor, fiel a la substancia del carisma y con un deseo casi tangible de hacerlo actual. Ha recorrido el tiempo y afrontado las pruebas con valentía y cordura. Sus debilidades son fisiológicas: típicas de un organismo vivo, amplio, con muchos órganos y en estado maduro.

* Ahora, sin embargo, se le presentan nuevos retos dentro y fuera, que afectan a la vida consagrada, a la misión, al estilo de comunidad y a su capacidad vocacional. Va al encuentro de ellos en buenas condiciones; pero se le pide el esfuerzo de una respuesta adecuada. Por lo tanto, resulta imprescindible hacer opciones en todos los niveles. Para hacerlas y mantenerlas, se requiere un aumento de calidad en las personas y en los sectores de actividad.

* Por poco que se profundice esa realidad a la luz de la fe, aparece la fuerza que la anima y construye desde dentro. Es aquella de la que habla el artículo 1 de las Constituciones: «Para contribuir a la salvación de la juventud [...], el Espíritu Santo suscitó, con la intervención materna de María, a san Juan Bosco [...] Para prolongar en el tiempo esta misión suya, lo guió en la empresa de dar vida a diferentes fuerzas apostólicas, la primera entre todas nuestra Sociedad [...] De esta presencia activa del Espíritu sacamos la energía para nuestra fidelidad y el apoyo de nuestra esperanza».

Esas tres presencias –el Espíritu, María Auxiliadora y san Juan Bosco– nos siguen inspirando y orientando. A ellas, pues, encomendamos nuestro porvenir.